



LA ESCUELA CIENTÍFICA,

SUS PROMESAS Y SUS PRETENSIONES.

LOS ANTECEDENTES DEL POSITIVISMO.

I. *History of the rise and influence of the spirit of rationalism in Europe*, por W. E. Lecky.—II. *Supernatural religion*.

Paréceme que existe grande interes en estudiar el movimiento de ideas que, en los libros, se llama *positivismo*, *cosmismo*, y que en el estado de instinto trabaja más ó ménos todas las clases de nuestras sociedades. Todo el mundo comprende que existe una vigorosa corriente que arrastra á Europa léjos de las creencias é instituciones de su pasado, y muchos se espantan, no sin razon, porque, en gran manera, este arrastre de nuestra época no es otra cosa que repulsion por lo antiguo; ciegos rencores, ilusiones de apetitos ininteligentes é impotencia de espíritu para concebir vías nuevas, la hacen más capaz de destruirlo todo que de guiar á cualquier fin. Peligroso ó no, es imposible contener el torrente, y lo mejor es seguir con la vista las ideas y los proyectos que tienden á abrirle determinado cauce. Despues de todo, nuestro porvenir no depende de las pasiones ciegas que se mezclan á él, sino de los planes que las inteligencias puedan imaginar para crear un órden de cosas con todos los instintos, buenos y malos, que están léjos de tener por ellos mismos una voluntad práctica. Ahora bien: en el momento presente, la escuela ó las escuelas que me permito designar con el nombre de positivismo, representan lo que está designado como más fijo, y como tales, son, á mi juicio, la potencia con que se ha de contar preferentemente; pero el positivismo es un Proteo que no se deja coger fácilmente. Gracias á lo que aún conserva de flotante é indefinido, posee contra la crítica una gran ventaja, la de poder imitar al murciélago de la fábula. A los que le censuran su filosofía, contesta que precisamente su principio es no pronunciarse en manera alguna sobre las cuestiones religiosas y metafísicas, y que solamente es un método para uso de las ciencias de observacion. Cuando en seguida se trata de la educacion que debe darse á los hombres ó de las bases de la moral, hace lo que recientemente hacía M. Littré: en nombre de su axioma fundamental, que las *verda-*

TOMO VI.

des metafísicas son *incognoscibles*, declara que, cuando se entibia la fe, el único recurso que queda es buscar la regla de los deberes en *la regla de las cosas*, á lo que añade en el acto: ¿Dónde aprender la regla de las cosas sino en las ciencias experimentales positivas, en la física, en la química, en la fisiología?

Sin embargo, es necesario entenderse. El positivismo es sin duda un método de observacion científica, y, siéndolo, no se puede ciertamente censurarle que se matenga en guardia contra las teorías especulativas. Tal vez no es cosa tan fácil como se cree observar *los fenómenos* sin sufrir la influencia de alguna metafísica; tal vez esos mismos fenómenos que considera como *maneras de aparecer* pertenecientes á las cosas, son maneras humanas de ver que resultan de una metafísica inconsciente. Tal vez el positivismo no consigue hacer lo que cree hacer, y siempre resultará cierto que se puede negar perfectamente á toda doctrina el derecho de dictar la ley al observador. Cuando se trata de conocer los efectos que son realmente visibles para nosotros, sin tener en cuenta para nada las ideas preconcebidas que podemos habernos formado de las causas invisibles, no tiene la menor autoridad para cortar con sus *es necesario* la cuestion de hecho.

Pero el positivismo no es sincero, ó se da mal cuenta de sí mismo cuando se presenta como método que no tiene otro alcance que la aplicacion al estudio de los fenómenos sensibles. Bajo la regla que recomienda, se ocultan afirmaciones generales que implican completamente una moral, una psicología, una filosofía de la historia y una pedagogia. En realidad, no se limita á rechazar los *a priori* del dominio de la experiencia; declara sin reservas que los hechos sensibles son los únicos cognoscibles, lo que equivale á borrar de un solo rasgo los fenómenos morales. En una palabra: reduce la mision de nuestra inteligencia al estudio de las impresiones de nuestros sentidos, y sostiene que los fenómenos químicos, mecánicos y fisiológicos son los únicos datos que debemos tener en cuenta, los únicos de que deberemos deducir nuestras reglas de conducta, nuestra política y nuestra moral, así como tambien nuestra idea de las leyes que gobiernan nuestros pensamientos.

Esta filosofía latente ó explícita es sin duda alguna lo más grave que existe en el positivismo. Si es verdadera, representa su mejor título de gloria;

si es falsa, basta para hacer de él un peligro bastante grave. A esta parte sola pienso dirigirme: no porque trate en la actualidad de discutirla directamente; porque, como es mucho más que una doctrina particular, considerarla por sí sola sería el mejor medio para no abarcar su sentido y su alcance. Préviamente quisiera buscar las relaciones que pueda tener con otros hechos generales de nuestra época y con el movimiento anterior de nuestra historia. Complácense muchos en considerar el positivismo como una innovación radical, como un mentís dado á las creencias morales y religiosas que hemos recibido del pasado. Él mismo, ó al ménos la mayor parte de sus discípulos, hablan frecuentemente como si hasta estos últimos tiempos las ideas de los hombres no hubiesen sido más que sueños independientes absolutamente de su experiencia, y como si de repente una especie de revelación les hubiese enseñado á no aceptar otros conocimientos que los exclusivamente deducidos de los hechos. Esto es una sencilla ilusión de óptica. Entre las teologías y el positivismo existe, si se quiere, una excisión profunda, un cambio de camino, y, por el fin que asigna á la vida, hasta las contradice directamente; pero en cuanto á su método y á su espíritu, en cuanto á sus miras sobre la generación de los pensamientos humanos y sobre el arte de librarnos de los extravíos, no está en manera alguna en contradicción con ellas ni mucho ménos. Por poco que se le compare á las escuelas religiosas de nuestros días, llama la atención el paralelismo completo que han seguido y que siguen aún en Europa la religión y la ciencia. Bajo aparentes diferencias, se comprende sin trabajo que la manera con que entiende nuestra época las vías de la naturaleza procede del mismo estado moral que se manifiesta por sus maneras de concebir las vías de Dios, y tampoco cuesta trabajo apércibirse de que este estado moral no es otra cosa que el último resultado de una tendencia que, desde el origen de nuestra civilización, no ha dejado de ser uno de los factores de su desarrollo eclesiástico y secular.

Ateniéndome por el momento al rasgo más pronunciado, el positivismo y el utilitarismo no han tenido seguramente necesidad de inventar la regla de conducta aplicada en sus doctrinas. Cuando para prevenir los errores á que pueden arrastrarnos nuestras ideas generales nos aconsejan renunciar á toda teología y á toda metafísica; cuando tratan de obtener de nosotros esta renuncia, diciéndonos que la mejor manera de emplear nuestras facultades es aplicarlas á conocer las cosas reales bajo el punto de vista de sus consecuencias, y á buscar las otras cosas que son las que debemos hacer para conseguir los resultados más útiles, no hacen otra cosa que aplicar á otro objeto la costumbre y el precepto

que la Iglesia católica se ha esforzado desde hace mucho tiempo en inculcar á sus fieles. A partir del Concilio de Trento especialmente, sabido es que todos los deberes religiosos del individuo han quedado reducidos á la obligación de no tener ninguna teología personal: prácticamente, esto equivale á enseñar á los hombres que la buena regla de conducta consiste en no permitirse ni siquiera preguntar á su conciencia lo que puede pensar de las voluntades divinas, y á dirigir todas sus facultades al cumplimiento de las cosas que deben considerar como más útiles para su salvación.

Pero todo esto son palabras que dejan muy vago mi pensamiento. Para saber á punto fijo en qué consiste la fase moral por que atraviesa Europa, es indispensable, como ya he dicho, dirigir préviamente una mirada sobre lo que ántes sucedió. Facilitárame el trabajo una obra de M. Lecky que merece ser recomendada, puesto que en ella nos ofrece su autor un rico cuadro del desarrollo intelectual de la Europa moderna.

I.

M. Lecky ha precisado cuidadosamente el objeto de su obra. Según dice, se ha propuesto estudiar la influencia del racionalismo en Europa, y define este racionalismo como el espíritu secular que ha llevado cada vez más á los hombres á estudiar las cuestiones de hecho ó de conducta según su propia razón ó su propia conciencia, en vez de buscar su norma en una teología recibida. Lo que se propuso M. Lecky lo ha cumplido, y cumplido bien. En una serie de capítulos nutridos de documentos minuciosos y llenos también de juicios precisos que solamente son posibles á un gran talento, á un hombre extensamente instruido y profundamente escrupuloso, nos traza de una manera muy completa la historia de la creencia, de la hechicería y de la magia,—las fases por que han pasado la fe en los milagros y la tendencia á materializar lo ideal,—la invasión del racionalismo en la moral, la filosofía y la interpretación de la religión,—las vicisitudes del espíritu de invasión y de intolerancia,—la secularización gradual de la política, y la historia del racionalismo en la economía política y en la industria.

El autor ha hecho mucho más de lo que prometió, porque en realidad no se limita á referir las etapas por las que Europa se ha alejado de la fe para ir al libre pensamiento. De paso dice algo de la influencia duradera que la teología cristiana ha ejercido en razón de su carácter especial sobre las nociones que ha hecho penetrar en el fondo de los espíritus, por ejemplo, la de igualdad y la de caridad universal. A mi juicio, M. Lecky tiene un mérito más especial. Aunque no pretenda darnos la filosofía de la historia moderna, ha prestado á la filosofía histórica

un verdadero servicio, demostrando con insistencia que el cambio de opiniones sobre tal ó cual cuestión no se ha verificado por conocimientos ó argumentos particulares, así como las conclusiones no se modifican parcialmente, sino que, por efecto de una predisposición general y pública, se modifican totalmente; en una palabra, que los diferentes juicios de una época son otras tantas radiaciones del mismo estado moral. Debo añadir, sin embargo, que en cuanto á la naturaleza de esta predisposición central, las apreciaciones de M. Lecky son bastante indecisas y en el fondo no sale de los datos de la escuela inglesa. Si no reduce al hombre á la sensación y á la facultad de conocer lo que obra en él, tampoco le concede más que un sentido moral, que es sencillamente otra facultad de conocer, y cree evidentemente en una sola humanidad invariable á través de la cual se desarrolla una ciencia progresiva de la realidad y de la moral. A sus ojos, en fin, el movimiento de la historia no proviene de una transformación de la misma naturaleza humana, de sus potencias activas: lo que se extiende es más bien el arancel según el cual juzgan dos facultades de discernimiento que no han tenido necesidad de formarse.

En definitiva, atreveríame á decir que M. Lecky dirige ojeadas en todas direcciones, que toma acta de casi todos los hechos que podrían oponerse á su propia filosofía, pero que su libro no completa lo que hay de radicalmente estrecho en las teorías históricas de nuestra época. Es, sin duda alguna, natural que los combatientes se preocupen hasta el exceso de las luchas en que toman parte, y en el momento presente, cuando las inteligencias están en guerra contra una determinada doctrina religiosa que querría detenerlas, que les disputa el derecho de formarse idea de las leyes por lo que saben de los fenómenos, no es de extrañar tal vez que se dejen llevar hasta no ver en la historia más que el duelo de la teología en general y de la razón en general; pero tampoco sería de extrañar que los pensadores del siglo XX ó del siglo XXX apenas pudiesen comprender cómo han podido los espíritus reflexivos creer tales doctrinas. Alguno sarcástico de los tiempos venideros podría decir, encogiéndose de hombros: «¡Pobre razón humana, que cree matar para siempre la superstición volviendo al revés la demonología de la víspera! Porque la Edad Media hizo de la duda el diablo de su mitología y de la credulidad el principio de la salvación, el siglo XIX decide que solamente la fe ha impedido á los hombres ser inteligentes, y que basta ser incrédulo para llegar al conocimiento positivo.»

También podría suceder que el sarcástico no tratase mejor nuestro axioma favorito: que el desarrollo de los pueblos y de la humanidad son idénti-

cos á la serie de edades que atraviesa el individuo. Es indudable que las fases sucesivas de la civilización se parecen á los diversos estados morales que todos recorreremos al avanzar en la vida; pero representarse estas fases como una consecuencia de las causas que transforman el niño en adulto y al adulto en anciano, es raciocinar con sobrada imprudencia. En primer lugar, esto es explicar lo que pasa en las sociedades suponiendo que no son tales sociedades, porque, en último caso, lo que distingue á una nación es que no es una persona sola, sino una colección de personas diferentes, hasta una colección de grupos distintos más ó menos permanentes, y que por la concurrencia de estos grupos, así como por las tendencias individuales, se engendra una sabiduría impersonal, una moral pública, un sistema de vida, en fin, que nadie había querido ni concebido, y cuyos factores no se encuentran reunidos en ningún ser particular. Añadamos á esto que, asimilando las edades de las sociedades y las edades físicas, se supone implícitamente que el progreso intelectual del individuo solamente procede de él como un desarrollo físico, y que las instituciones, las costumbres, las reprobaciones públicas, son sencillamente la realización de las ideas que una ó muchas personas habían podido formarse primeramente por ellas mismas de lo justo y de lo necesario. Ahora bien, todo esto está muy lejos de encontrarse conforme con la experiencia. Lo que, por el contrario, atestiguan los hechos, es que de una generación á otra, los hombres se hacen más inteligentes viendo y sintiendo en derredor suyo nuevas relaciones que solamente se crean por la desaparición de intenciones injustas y de los pensamientos ininteligentes. Y todo también da lugar á creer que, si el individuo en el curso de una vida consigue sobreponerse á su egoísmo, solamente se debe á esta sabiduría pública.

Además, ¿qué significa decirnos que nuestros padres creían sin pensar como lo hace el niño, y que nosotros pensamos por nosotros mismos como lo hace el hombre maduro? No es todo pensar por sí mismo; también debe tomarse en cuenta el valor de las maneras de pensar. No se conoce la biografía de un personaje sabiendo solamente que fué niño, adolescente y hombre maduro como lo fueron su padre, sus vecinos y los padres de sus vecinos. Tampoco se conoce la civilización de Europa sabiendo solamente que ha pasado por una edad teológica y una edad metafísica, como sucedió á Grecia, á la India, á la China y á Roma. Para conocer á un individuo es necesario comprender la naturaleza del carácter que se manifiesta sucesivamente por la dirección que toman en él los instintos de la infancia, los deseos de la juventud y los cálculos de la edad madura. Para conocer la evolución general de

la humanidad,—si la habido, como yo creo,—es necesario comprobar y comprender la generacion de los tipos diferentes de espíritus cuya sucesion nos presenta la historia.—En otros términos, para tener yo una filosofía de la historia, ó sencillamente para tener idea de la civilizacion moderna, es necesario que en el desarrollo del hombre moderno reconozca los antecedentes recibidos de una ó muchas civilizaciones anteriores, antecedentes que influían ya en él en los informes tartamudeos de su infancia, que hacen que sus primeras creencias de imaginacion no se parezcan á las de los demas pueblos, y que de esta manera preparan una inteligencia cuyos pensamientos nó se parecen á los pensamientos de aquellos, y preparan tal vez la edicion de un nuevo organismo humano capaz de elevarse á una fase moral á que nunca pudo llegar la humanidad del pasado.

No podría censurarse á M. Lecky que no haya puesto en relieve este lado de la historia moderna,—aunque tal vez pudiera censurársele haberlo dejado adivinar demasiado;—pero por mi parte quisiera ensayar, al ménos, seguir á través de la fe y del racionalismo de Europa, esas leyes de las antiguas civilizaciones que han contribuido á la formacion del carácter que nuestros padres bosquejaron y que nosotros tenemos la mision de perfeccionar.—Creo que lo más importante para nosotros es saber lo que nosotros mismos valemos, y en cuanto á este particular nada puede enseñarnos la historia mientras la leamos con la decision de no ver en ella más que el campo de batalla de dos personajes mitológicos que en el fondo son puramente fantasmas de nuestros odios y de nuestras inclinaciones. Considerando la teología ó la fe como lo contrario de la razon, envolvemos en el mismo desprecio todo lo que encerraban las creencias religiosas, que hoy, por las cerradas y osificadas doctrinas á que han llegado á parar, se han convertido en enemigas de la razon; las rechazamos en cuanto significaban incapacidad de pensar por sí mismo que procedía de la edad moral de los hombres de otro tiempo, y en cuanto implicaban una sustancia que ninguna otra teología había ofrecido á las imaginaciones y que podía llegar á producir frutos de libre pensamiento despues de no haber producido al principio más que frutos de creencia. De la misma manera, confundiendo bajo el titulo general de libre exámen todas las propagandas que se hacen hoy á nombre de la ciencia, damos indistintamente un certificado de aprobacion á todos los elementos de progreso ó de retroceso que pueden contener las teorías racionalistas del dia. De esta manera no podemos juzgarnos por relacion al desarrollo especial de nuestra raza; no podemos reconocer si el presente realiza las promesas del pasado, si los móviles del dia nos impulsan en la gran línea de nuestro creci-

miento ó tienden á desviarnos de ella. Tampoco distinguimos entre la salud y la enfermedad; entre lo que es realmente un esfuerzo de todas nuestras aptitudes latentes para combinarse, ó lo que solamente es una abstraccion que ciertos pliegues de nuestro temperamento oponen á la perfeccion de nuestro espíritu.

II.

Partiré desde luego de las doctrinas contemporáneas, porque á ellas he de volver, y eliminaré en primer lugar la preocupacion militante que más contribuye á oscurecer los juicios. Prescindiremos de la cuestion de si la ciencia es atea y la fe supersticiosa. No trato de decidir cuál de las dos tiene razon, sino que por el contrario fijo mi atencion en una disposicion que me parece comun á las iglesias y á las escuelas científicas de nuestros dias. Bajo el positivismo y el catolicismo de Francia, como bajo el utilitarismo y los despertamientos protestantes de Inglaterra, en nuestra economía política como en nuestra literatura, encuentro la misma ágría desconfianza contra el pensamiento humano, el mismo despecho contra sus pasados extravíos, la misma tendencia para deducir que, para acabar con los errores, es necesario acabar con nuestro sér pensador, y lo que me inquieta es que, en este espíritu de nuestros dias, creo ver como un aborto ó como un eclipse de algo que en nuestro pasado estaba en vías de llegar á ser una facultad y de añadir una funcion más á nuestra inteligencia.

«Ya no hay judíos, griegos ni scitas, escribía San Pablo; todos formamos un mismo cuerpo, bautizado en el mismo espíritu.» Históricamente, esto es exacto. En efecto, el carácter moderno ha nacido de una union entre la tradicion judía, la inteligencia greco-romana y el temperamento bárbaro; ó, por mejor decir, el judío, el romano y el scita no han dejado de existir en el hombre moderno como elementos distintos é imperfectamente unidos, ó al ménos la religion venida de la Judea y el espíritu práctico de los romanos no han dejado de disputarse el temperamento del bárbaro para formarlo. Los fondos vivos de los pueblos modernos vienen de razas indisciplinadas que habian invadido el viejo mundo civilizado, y de otros grupos incultos que encerraba este mismo mundo. Estos son los niños que se han desarrollado moralmente bajo la influencia de las instituciones romanas supervivientes aún, como tambien bajo las doctrinas é instituciones de la Iglesia cristiana, y solamente debe buscarse la causa de las diversas edades por que han pasado en la naturaleza vivaz é informe que les animaba; pero en ningun momento de su desarrollo han estado abandonados á ellos mismos: los resultados de dos civilizaciones anteriores les rodeaban

para obligar á sus instintos y á su imaginación á ejercerse de un modo particular, y lo que de esta manera recibieron por sus instintos é imaginación, ha pasado poco á poco á su inteligencia.

Difícil es precisar lo que aquí entiendo por tradición judía, y tanto más difícil, cuanto que se trata de un sentimiento que nunca se ha llegado á conocer por completo. Sin embargo, si repasamos nuestra historia, atendiendo principalmente á lo que le da su fisonomía propia, no nos costará trabajo descubrir en ella una tradición, que al principio solamente es una influencia externa pesando sobre poblaciones incultas; pero que tiende á penetrar en el seno de su sér y á convertirse en un sentimiento cada vez más determinado. Cuando la Biblia enseñaba á los bárbaros y á los paganos semi-convertidos que los sufrimientos y el mal tienen su origen, no en las cosas malévolas, sino en un vicio original que la raza de Adán lleva con ella; cuando después del Antiguo Testamento, el Evangelio definió este mal, diciendo que el mal espíritu inclina al hombre á pensamientos malos; cuando más tarde dijo Lutero que el pecado no reside en los actos ni en el abuso de la libertad, que consiste en una impotencia innata de la voluntad, y que esta impotencia no se cura más que con una fe que no depende de nosotros; cuando, casi en nuestros días, Kant y Fichte han asegurado que no era la naturaleza de las cosas sensibles lo que puede explicar nuestras ideas y nuestras voluntades, sino al contrario, que la naturaleza de nuestro yo pensador nos imponía nuestras maneras de concebir, de evaluar y hasta de percibir las cosas;—en todas estas declaraciones se ve la impresión más ó menos clara de la misma intuición que remonta al judaísmo y que está en contradicción, no solamente con tal á cual opinión de la antigüedad greco-romana, sino con la esencia misma del espíritu pagano. Contemplándolo en toda su carrera, el espíritu pagano había partido constantemente del convencimiento de que los pensamientos y voluntades de los hombres eran puramente efectos de fuerzas inherentes á las cosas exteriores. Invirtamos este convencimiento, pongamos *no* en lugar de *sí*, y encontraremos precisamente el sentimiento que se ha mostrado en nuestro pasado y que en este momento amenaza desaparecer; este dato, procedente, sin duda alguna, de la Judea, es la tendencia á mirar dentro y á creer que nuestras concepciones y decisiones son producidas por algo que obra en nosotros y que son resultados de las funciones de nuestro sér.

Apénas es necesario decir que al día siguiente de las invasiones germánicas, y hasta ántes de aquel diluvio de barbarie, el sentimiento de los actos anímicos expresados por la religión tradicional no se encuentra ya en ninguno de los vivientes del día.

Encuétranse éstos en la hora del fetichismo, en el momento moral en que el hombre está aún bajo el imperio exclusivo de sus sensaciones inmediatas, y en el que á sí mismo se produce el efecto de ser puramente pasivo. Para ellos, pues, no existen de hecho otras cosas que objetos materiales que se les presentan como animados cada uno por una vitalidad particular, por una especie de alma, y los accidentes de su educación ó el encuentro fortuito de sus impresiones deciden si es á la mágica virtud del agua, ó al gesto de una vieja, ó á tal palabra de un sacerdote, á lo que atribuirán las curaciones, las muertes repentinas ó las epidemias. Y, sin embargo, desde este momento, la tradición de un Dios espíritu, que está completamente fuera de las fuerzas físicas, y que se llama Dios de los vivos, se extiende ya sobre los llamados cristianos, que nada pueden comprender de él aún. Sin duda, cuando se les habla del Dios de los vivos, están á cien leguas de entender por esto una necesidad que obra en el seno de los hombres pensadores. De la misma manera que para ellos el poder espiritual no es otra cosa que cierta clase de hombres visibles, el Dios espíritu, tal como lo comprenden, es solamente una fuerza material sobrenatural; es otro agente externo por el cual explican los grandes acontecimientos físicos, los eclipses, los terremotos. No importa; esta noción mal interpretada se arraiga fuertemente en ellos al materializarse; se incorpora á sus sensaciones diarias, y por sus sensaciones decide de antemano lo que será su imaginación y lo que será también su inteligencia. Basta para que se una á su fetichismo un vago sentimiento moral, y para que sus amuletos, sus talismanes y sus induigencias mantengan en ellos el vago sentimiento de una condición que tienen que realizar los mismos hombres.

La obra así empezada no se detendrá. Más tarde,—y podría decir al mismo tiempo, porque cada época encierra grupos diferentemente desarrollados,—el hombre de la Edad Media empezará á adelantarse por el espíritu á lo que ven sus ojos; sentiráse capaz de deseo y de terror, capaz de contestar á las mil influencias exteriores por dos voluntades fijas en él. Desde entónces tendrá lo que se llama imaginación, y lo que no es otra cosa que el pensamiento al servicio del amor y del odio. Reducirá todo lo que impresiona sus sentidos á dos categorías, la de lo que se debe desear y la de lo que se debe rechazar, y de esta manera el universo llegará á ser para él como un conjunto de resultados producidos por dos espíritus universales, por un demonio que quiere su daño y por una potencia que quiere su bien. La noción del Dios cristiano bastará aún para que en lo más fuerte de sus terrores, el príncipe del aire no borre en él la fe en un sér *supremo*, cuya esencia es la santidad, y para que el demonio

y los hechiceros se le representen solamente como poderes malignos bajo cuyo imperio sólo se cae por el pecado.

En resúmen, la Edad Media creyó supersticiosamente en el catolicismo, como hubiese creído supersticiosamente en el budhismo ó en el mahometismo. Fué esclava y feroz, porque tenía miedo del desarreglo que sentía en ella misma; tuvo horror al hereje, considerándolo un Briareo que amenazaba derribar el cielo sobre su cabeza; pero en cuanto á la doctrina religiosa que el hombre bárbaro había recibido del pasado, contribuyó sencillamente á volver en parte su miedo contra él mismo, forzó su conciencia del desarreglo humano á trocarse por momentos en remordimientos personales, en un deseo asustadizo de encontrar expiaciones, mace-raciones que pudiesen apartar de él una maldición merecida por su propia iniquidad; y al producir estos resultados, es decir, cuando, gracias á ella, el bárbaro que no se cuidaba de lo verdadero y de lo justo, no se contentó con temer á sus vecinos y á desear un poder físico que le protegiese contra éstos, su religion le puso en el camino del verdadero progreso moral. Antes de que se encontrase en estado de sentir lo que le faltaba realmente, hizo de él un sér, á quien temores supersticiosos llevaban á usar de sus facultades y de sus energías para procurar la propia enmienda. Toda la civilizacion moderna, toda la parte de libre accion y de libre pensamiento que hemos obtenido aprendiendo á formarnos nosotros mismos una idea de la justicia y de la necesidad, procede mucho ménos de los extravíos de la Edad Media que de sus ciegas creencias.

Las palabras mal comprendidas parecen poca cosa; pero aquí las palabras se apoyaban en instituciones, y en realidad la palabra *Dios de los vivos* ha sido la más fuerte. La experiencia ha refutado sucesivamente todas las falsas ideas de que estaba imbuida la Edad Media. Pero la palabra ha subsistido, y á medida que los espíritus se han desarrollado han tenido forzosamente que emplear sus nuevas facultades para comprenderla mejor. El hecho es que esta idea de *Dios de los vivos*, que había brotado de la conciencia judía, es positivamente la que ha triunfado hasta en el dominio de la filosofía laica y de la ciencia física. Durante siglos—en realidad hasta David Hume—la razon humana había permanecido sumida en el fetichismo de los sentidos ó en el dualismo de la imaginacion; no había podido pasar de la idea de *propiedad* y de *cualidad*, idea que consistía en creer que cada cosa poseía una actividad y un valor propio. Tambien se derrumbó esta hipótesis en el siglo XVIII bajo la marea ascendente de los conocimientos, de la misma manera que se derrumbó un dia en Grecia y en Roma. Solamente existió una diferencia. El dia en que la antigüedad

tuvo que reconocer que las cualidades y propiedades atribuidas á las cosas no eran más que fantasmas de los sentimientos humanos, nada encontró para sustituir á la primera hipótesis en la que ya no podían creer. La experiencia la había llevado insensiblemente al escepticismo, obligándola á percibir hechos que no podían explicarse por ninguna de las fuerzas físicas que continuaba considerando como las únicas causas posibles de todos los acontecimientos. La inteligencia moderna, fecundada por la idea del Dios de los vivos, ha sido más afortunada. Las ideas negativas de Hume, aunque recogidas hoy por el positivismo, no representan realmente el último término á que ha podido llegar. Más allá de esta ciencia desanimada, que sabe que las cosas como se nos presentan no son más que apariencias, y que no puede deducir más sino que la sabiduría consiste en no preocuparse de lo que da origen á los fenómenos,—al espíritu moderno se han abierto ya nuevas perspectivas. En todo caso, en Kant y en muchos otros, se ve ya otra manera de concebir la generacion de todo lo que se produce en nosotros en el estado de percepcion ó de sensacion. Hoy puede presentirse el momento futuro en que la ciencia arrebató á la naturaleza su pretendido imperio sobre nosotros, en que comprenderá al ménos que el sér pensador es él mismo asiento de las fuerzas activas de que resultan sus movimientos, «que las fuerzas exteriores, en vez de ser agentes que la conmueven, desempeñan sencillamente respecto á él el papel de obstáculo inmóvil, y que él mismo es, literalmente, quien crea sus percepciones, así como sus pensamientos y sus voliciones, de igual modo que el torrente se da á sí mismo, por su propio impulso, la fuerza que le arrastra ó el nuevo curso que toma al chocar con un peñascó.

Además, existe otro rasgo característico, y es, que en el dominio de la religion, la Europa moderna ha podido, sin agotar su ingenio, desprenderse de su fe tradicional, de la creencia *pública*, que durante sus edades de irreflexion se había producido por sí misma, por el juego de los sentimientos involuntarios é inconscientes. Como observa M. Lec-ky, el fetichismo y el demonismo, que desgraciadamente se han perpetuado en la doctrina oficial del catolicismo, han perdido en todas partes su accion sobre las inteligencias, y en los países católicos las clases ilustradas no han conservado del cristianismo más que la nocion de igualdad de los hombres y el principio de la beneficencia, sin acepcion de personas, de clases ó de razas. Pero en otra parte de Europa, la reaccion contra la religion materializada de la Edad Media ha producido una reforma, que es mucho más que una sencilla reforma, porque ahora tenemos que habérnoslas con una religion que descansa directamente sobre un hecho

de conciencia, por el claro sentimiento que los seres creyentes y volentes tienen de sus leyes propias.

No trato de dar una lección de teología comparada; sin embargo, para la inteligencia del desarrollo general del espíritu moderno, es necesario consignar aquí lo que M. Lecky ha desconocido por completo. El historiador del racionalismo se ha dejado extraviar en sus apreciaciones por una idea preconcebida. La doctrina de la salvación restringida, es decir, de la salvación reservada á una sola opinión, es á sus ojos la principal causa de las persecuciones, como también de los fraudes devotos que constituían un deber para la Edad Media; y como ve que los reformadores no han dejado de admitir una fe necesaria á la salvación, cree encontrar en el dogma reformado el mismo error que extravió á la Edad Media; pero en este punto se deja engañar por una analogía de palabras. En realidad, *la fe que salva*, según el símbolo protestante, nada tiene de común con la aceptación de determinada doctrina, conocida por todos, que cada cual debe aceptar prescindiendo de su sentimiento personal de lo verdadero y de lo justo. Todo lo contrario consiste en ser lo que se es, involuntaria é irresistiblemente, un espíritu en que se reflejan en cierto modo las verdaderas voluntades del Eterno. En realidad nada hay ya de teológico en el convencimiento expresado por la primera fórmula luterana. Lutero era teólogo, y hasta lo era demasiado por su manera de explicarse el nacimiento de la fe; pero al dar el nombre de fe á la condición que todos tenemos que cumplir para no chocar con la omnipotencia, no hacía más que afirmar una ley de nuestro ser y que apenas había sospechado hasta él la conciencia humana. Demostraba que á sabiendas ó sin saberlo existe en nosotros una persuasión central y fija que forma un todo con la tendencia constante de nuestra voluntad; demostraba que no es la piedad la que nos salva, no el sensualismo lo que nos pierde, sino que todos nuestros móviles á la vez se dirigen al mal ó al bien, según que tengamos ó nó en el corazón de nuestro ser un justo concepto del poder que gobierna el universo. Quería decir, en fin, que existe un lazo inevitable entre el destino total de un hombre y su propio sentimiento de la necesidad suprema, y que ni los mandamientos de las iglesias ni los poderes civiles, ni las fórmulas de conducta que la ciencia ó nuestro propio juicio pueden recomendarnos como los mejores de adoptar, podrían garantírnos del mal, mientras el yo que piensa y quiere en nosotros no esté en armonía por sus pensamientos y voluntades con los caminos del verdadero soberano.

Seguramente M. Lecky se ha engañado por completo sobre la gran corriente del progreso, no viendo que esta intuición representaba un adelanto

real de la conciencia humana, y confundiéndola con la ceguera doctrinaria de que nacieron las excomuniones y persecuciones de la Edad Media. Es cierto que, hablando con propiedad, la persecución no es hija de ninguna doctrina. Los hombres han perseguido porque creían, á falta de conciencia, en la omnipotencia de la fuerza; han perseguido por causa política cuando las opiniones religiosas cesaron de ser objeto de sus rencores y esperanzas; y si las persecuciones han calmado, ha sido solamente en la medida en que las conciencias han empezado á apercibirse de que la opresión no tenía el poder de crear ó de destruir directamente las verdaderas creencias latentes que deciden de lo que los hombres pueden ó no pueden querer. Según una sutil observación del mismo M. Lecky, los jesuitas, los Marianos, los Sa, los Carnedi, son los que han reivindicado para los pueblos la libertad de deponer á sus reyes, los que han propagado la idea de que la sociedad debe su origen á un contrato voluntario, y los que han sostenido el libre albedrío contra los jansenistas y los calvinistas. Esto se concibe. Al sostener todas estas libertades, se reservaban la de deducir que no existe nada en los seres pensadores que impida al poder religioso hacer creer á cualquiera en cualquier cosa. Todas las conquistas que han restringido la dictadura de las iglesias ó de los poderes civiles, todo el espacio que ha ganado la conciencia individual, lo debemos á aquellos que, en nombre de la predestinación bien ó mal entendida, han asegurado que las creencias no dependen de la voluntad de nadie, que se cree lo que agrada á Dios y porque no se puede hacer otra cosa.

Creo que, en vista de lo pasado, se puede sin gran riesgo predecir lo futuro. Si alguna vez ha de desaparecer el espíritu de dictadura, la desaparición no procederá seguramente de que las inteligencias hayan reconocido mejor las utilidades de la duda y del libre exámen, ni de que los F. Bastiat hayan proclamado en voz más alta que la educación no atañe al Estado, ni mucho menos de que los optimistas hayan creído con mayor ceguera aún que el dejar de hacer basta para todo; solamente se verificará esto cuando la conciencia haya sentido mejor la predestinación que reside en el estado moral de los hombres, y cuando los espíritus hayan deducido de este sentimiento la idea de un nuevo medio de orden: la idea de reemplazar los poderes que imponen una regla práctica que todos deben seguir á despecho de sus irresistibles voluntades, por un conjunto de influencias naturales que se deben desarrollar en todos al lado de sus diferentes inclinaciones, por una misma concepción de la necesidad y de la justicia.

J. MILSAND.

(Concluirá.)

ESTUDIOS SOBRE LA POESÍA HEBRAICA.

EL SALTERIO JUDÍO

SEGUN LA NUEVA TRADUCCION DE M. REUSS.

(Conclusion. *)

III.

No repetiremos lo que desde largo tiempo se ha dicho acerca de la poesía de los salmos, sobre cuyo punto se ha dado libre vuelo á la amplificacion retórica. Así sucede en los dominios reservados donde el elogio sin crítica teme poco las contradicciones. Tratemos ante todo de fijar por algunos ejemplos apropiados las ideas demasiado vagas que se hallan en los cursos de historia literaria.

Un rasgo que conviene señalar es el que pudiera llamarse la familiaridad de los salmistas cuando se dirigen á Dios, á quien saben, sin embargo, concebir y describir como un sér infinitamente augusto y temible. Sus invocaciones suponen una intimidad que desconcertaría fácilmente una fe ménos segura de sí misma. Su piedad no retrocede ni aún ante la idea de dirigir censuras motivadas á ese protector de Israel que por tan largo tiempo deja á su inocente pueblo siendo blanco de los ultrajes y de los malos tratamientos de sus enemigos. Así encontramos en el salmo 44 una larga enumeracion de las desdichas de todo género que afligen al pueblo de Jahveh (1), que es vencido, saqueado, dispersado, vendido á vil precio, entregado como un rebaño á la matanza, fábula y risa de las demas naciones. Y el salmista continúa, dirigiéndose á Dios:

«Todo esto nos ha venido sin que te hayamos olvidado,—sin que hayamos renegado de tu alianza.—Nuestro corazon no se ha vuelto á atrás,—nuestros pasos no se han apartado de tu camino—para que nos hayas rechazado con los chacales—y nos hayas hundido en las tinieblas.—¡Si hubiéramos olvidado el nombre de nuestro Dios—ó extendido nuestras manos hácia un Dios extranjero!—Por tí somos asesinados todos los dias...

»Levántate; ¿por qué duermes, Señor?—Despierta; ¿por qué ocultas tu rostro?—¿Olvidas nuestra miseria y nuestra opresion?»

Aquí se usa una forma ménos trivial, esto es, completamente como en ese misterio de la Edad media, en que, durante la crucifixion del Cristo, se

* Véase el número anterior, pág. 521.

(1) O *Jehovah*; pero conviene adoptar en adelante esta forma empleada hoy por todos los hebraizantes serios, del nombre «indecible» á intento desfigurado por la antigua vocalizacion rabínica, y del cual *Jehovah* es una pronunciacion ciertamente mala.

veía en el paraíso al Padre Eterno durmiendo un profundo sueño, hasta el momento en que un ángel venía á tirarle de su manga azul para llamarle la atención sobre las abominaciones que se perpetraban en la tierra. Esto no impide que en la misma coleccion encontremos cantos, en que la nocion de la inmensidad de Dios, de la insignificancia del hombre ante su omnipotencia, y del gran lugar que, no obstante, le asigna en la creacion, se expresa en una forma bella, tan sencilla, tan elevada, que ha quedado como clásica. Nada más natural ni más delicado que este salmo 8, que se parece al canto de un pastor contemplando durante la noche los esplendores de un cielo de Oriente:

«Eterno, Señor nuestro,—¡cuán grande es tu nombre en toda la tierra!—Tu magnificencia se extiende por encima de los cielos...

»Cuando veo tus cielos, obra de tus manos,—la luna y las estrellas que allí has colocado,—¿qué es el hombre para que pienses en él?—¿Qué es el mortal para que lo mires?

»Sin embargo, de él has hecho casi un Dios,—le has coronado de gloria y de honor,—le has hecho dueño de tus obras;—todo lo has colocado á sus plantas;—todo á la vez, las ovejas y los bueyes,—y los animales de los campos también,—las aves del cielo y los peces del mar;—todo lo que recorre los caminos de las aguas.

»Eterno, Señor nuestro,—¡cuán grande es tu nombre sobre la tierra.»

O mucho nos engañamos, ó hé aquí un arranque admirablemente puro del sentimiento religioso más auténtico. En obras de ese género es donde el monoteísmo judío revela su inmensa superioridad sobre las mejores expansiones de las religiones de la naturaleza. Este acento de humildad ante Dios, y á la vez de arrogancia de todo lo que no es el hombre; esta admiracion conmovida, pero contenida, de la naturaleza visible; esta alegría de vivir como señor en la tierra por delegacion divina, todo respira en ese pequeño poema la religion viril y sana. ¿Cómo se desearía encontrar siempre en los anales de la piedad esta armonía de dos tendencias que son perfectamente conciliables y que el hombre opone por su desgracia con mucha frecuencia una á otra! ¡O budhista, es decir, pasivo é inerte, ó activo, pero rebelde; se diría que no sabe encontrar el término medio! Sin embargo, éste existe, y porque en él se mantiene es tan hermoso el salmo 8. Debe citarse también, bajo este punto de vista, este bello final del salmo 65, en el que el salmista canta su reconocimiento á la vista de la tierra fertilizada por los rocíos celestes:

«Tú coronas al año con tu bondad,—tus surcos rebosan fecundidad,— los pastos de la landá reverdecen,—los collados se ciñen de alegría,—las praderas se cubren de ganado,— las llanuras se visten de trigo,—todo se alegra y todo canta.»

Todo el mundo conoce las primeras palabras, con tanta frecuencia citadas, del salmo 19, el *Cœli enarrant gloriam Dei* de la versión latina, que es también una bella interpretación religiosa de la naturaleza, un trozo de hechura antigua. Respirase allí el hálito del misterio divino que deja entrever la creación, al mismo tiempo que se encuentra un curioso indicio de la idea que los antiguos israelitas se formaban del sol y de su carrera cotidiana:

«Los cielos cuentan la gloria de Dios,—el firmamento proclama la obra de sus manos,—el día transmite á otro día el mensaje,—y una noche da conocimiento de ello á la otra.

»No es un discurso, no son palabras,—su sonido no se oye,—por do quiera propágase su lección, sin embargo—y sus acentos llegan hasta el fin del mundo,—donde ha establecido la tienda del sol.

»El sol, semejante á un joven desposado, sale de su cámara—á recorrer su carrera alegre como un guerrero.—Uno de los extremos del cielo es su punto de partida,—en el otro concluye su órbita—y nada está á cubierto de su ardor.»

Imaginábase, en efecto, que el sol tenía detrás del horizonte un palacio, ó más bien, y esta era la idea más antigua, una tienda donde descansaba de las fatigas de la jornada. ¿Por qué el cantor se detiene bruscamente después de esta pintura del sol saliente? Es, sencillamente, porque su inspiración del momento no va más allá. Entre los grandes espectáculos del mundo visible, el del sol que *sale* (expresión usual en hebreo) es el que le parece el primero de todos: es á sus ojos el capítulo por excelencia en la teología de la naturaleza. Él lo dice, y no le preguntéis más so pretexto de que es preciso redondear mejor el final del poema, pues encontraría vuestra exigencia muy impertinente. Notemos, á propósito de esta comparación del sol saliente con un joven esposo que sale lleno de ardor de su habitación, que graves comentadores se han preguntado si se trata ahí del esposo *antes ó después* del casamiento. Nos parece que el espíritu de la comparación está completamente en favor de la primera suposición: el sol de la mañana se lanza fogoso como el desposado que sale de su casa para ir á buscar su novia, y no como el esposo feliz que deja á disgusto el aposento nupcial.

Hay salmos, como el 116, que suponen una acción distribuida entre diversos grupos de cantores

y que en cierto modo parecen un oratorio. Otros, como el 29, se aplican á imitar el estruendo del huracán. A veces (sal. 104) encontramos una ampliación poética de la narración de la creación, según el *Génesis*. En el salmo 18, canto de gratitud, con ocasión de una brillante victoria, el poeta respira aún el furor del combate. «Á los que me odian, exclamaba, los aniquilo, los disperso como el polvo que lleva el viento, los barro como el cieno de las calles.» Puede decirse, en general, que lo más raro en los salmos es la aversión hacia el adversario, vencido ó nó: imposible es odiar más vigorosamente que esos piadosos cantores. Por esto, principalmente, los salmos descubren su procedencia judía, y han suministrado textos y pretextos á los excesos más tristes de la intolerancia cristiana. No se trata en ellos más que del exterminio de los enemigos, del deber de pulverizarlos á nombre del Eterno, del placer de devolverles con usura el mal que hayan podido causar. La bella elegía que constituye el salmo 137, en que el salmista describe con desgarradora melancolía á los hijos de Israel llorando por la patria perdida, sin alientos para entonar sus himnos, y habiendo suspendido sus liras de los sauces de los ríos; esta patética expresión del patriotismo más tierno, concluye por esta imprecación de venganza atroz: «¡Babilonia, devastadora, bien haya el que coja á sus pequeñuelos y los estrele contra las piedras!»

Por lo demás, no debe perderse de vista que si pasajes como estos reservan penosas sorpresas á los lectores que esperen encontrar en esas producciones judías un eco anticipado de la moral evangélica, hay que culpar, ante todo, á la adopción de la colección de salmos como libro usual de cantos sagrados por toda la Iglesia cristiana, y á los innumerables contrasentidos, consecuencia de esta adopción. Los salmistas cantan lo que tienen en el alma, pero en la inteligencia de que todo el pueblo canta con ellos. El individualismo nacional es aún más absoluto que el individualismo personal; ahora bien, el enemigo de la nación y el de Dios era uno mismo. La opresión de la raza elegida no sólo era una iniquidad, sino también un sacrilegio. La excusa de ese pueblo consiste en que, forzado á comparar su fe religiosa con la de sus vecinos idólatras, le era imposible no enorgullecerse de su superioridad. Principalmente en la época en que se compusieron la mayoría de los salmos, debía hallarse muy vivo ese sentimiento, que no siempre había estado lo mismo. Hubo un tiempo en que los hijos de Israel adoraron á su dios Jahveh con preferencia á todo otro, porque era el dios nacional, el protector natural, el defensor invencible del pueblo que él había escogido; pero ese culto exclusivo rendido á un dios celoso no anulaba del todo la creencia en la existencia de

otras divinidades, poderosas también y temibles. Si á este dios poco comunicativo, que no gustaba mostrarse y que, por otra parte, ningun ojo humano jamás había podido descubrir debajo del firmamento, le agradaba que se le adorara sin representarle bajo forma visible, nada impedía pensar que otros dioses, de otro modo dispuestos, consentían en animar sus imágenes, ya encerrándose en ellas, ya dotándolas de virtudes mágicas. La idolatría vivifica siempre hasta cierto punto, sino por completo, el retrato ó la estatua; así, el israelita de los antiguos tiempos es más temeroso que audaz en presencia de los símbolos de los cultos extranjeros; y por el contrario, cuando hubo adelantado en conocimiento del mundo, en razón, en reflexión, en facultad de análisis; cuando su monoteísmo tuvo clara conciencia de sí mismo; cuando, habiendo visto de cerca los pedruscos tallados por el cincel de los escultores, se aseguró que no había allí más que piedra, metal ó madera, ¿no se concibe el menosprecio que siente su alma á la vista de los necios que hablan con respeto y temor á lo que no puede oírlos ni verlos? Observad aún en nuestros días la sonrisa de desden del campesino hugonote ante ciertas exuberancias de la piedad católica, sonrisa á veces observada y que antiguamente le costó muy cara. Cada nación se cree fácilmente la primera del mundo; pero en ningun pueblo ha sido más disculpable esta ilusión que en el israelita. ¡Qué conciencia de su superioridad intelectual y religiosa hay en esta burla prolongada de un salmista dirigida á los idólatras (salmo 115):

«Sus dioses son de oro y de plata,—fabricados por la mano de los hombres.—Tienen boca y no hablan,—tienen ojos y no ven,—tienen orejas y no oyen,—tienen nariz y no huelen,—tienen manos y no palpan,—piés y no andan,—garganta y ningun sonido profieren.—Los que los han hecho llegarán á ser como ellos,—mientras que tú, Israel, eres el bendito del Eterno.»

Empero, esta superioridad espiritual estaba lejos de encontrar su sancion en los hechos temporales, pues á cada instante el idólatra, el imbécil idólatra, era el que imponía al adorador del Dios viviente su yugo intolerable. Nada exaspera la animosidad del oprimido contra el opresor como la conciencia, fundada ó no, de serle superior por el espíritu. ¡Qué mal conocía Antíoco el terreno que pisaba cuando se imaginaba que una estatua de Júpiter Olímpico subyugaría á los judíos recalcitrantes y contribuiría á reconciliarlos con la civilización griega! Esto era, por el contrario, mostrarles ésta bajo su aspecto más ridículo, y en un pueblo habituado á tomar muy por lo serio lo concerniente á la religión, el

mismo Júpiter de Fidias no hubiera obtenido otro éxito que el del escándalo. La mayoría de los salmos refleja ese doloroso conflicto de la conciencia nacional y de la situación real. M. Reuss ha mostrado que allí donde se creía ver la expresión de un dolor personal, aislado, existe casi siempre el lamento del pueblo que se exhala en forma individual. Ese servidor perseguido del Eterno que, en una multitud de salmos, se lamenta, se subleva, invoca la venganza divina contra sus opresores, los insulta y los maldice, no es un solo hombre, es la personificación de todo el pueblo.

Por otra parte, es preciso reconocer que nunca ha expresado mejor la lengua humana los sentimientos religiosos íntimos de la sumisión, de la confianza, del arrepentimiento y de la esperanza indestructible. Hay en esas expansiones de la piedad judía notas de una dulzura infinita, de una exquisita delicadeza; y esas inspiraciones de una religiosidad ardiente y sólida son las que formaron la lectura favorita de las almas heridas: bastantes corazones doloridos han sacado de ellas consuelos inefables. Los salmos han derramado un bálsamo dulcificante sobre una multitud de dolores. Los oprimidos, los perseguidos, los afligidos de todos los tiempos han podido apropiarse esos lamentos llenos de fe en la justicia eterna, y las conciencias timoratas han encontrado en ellos acentos de arrepentimiento y seguridades de perdón que ninguna otra literatura podía suministrarles. Los puntos débiles de esos cantos de Israel y las extrañas ilusiones á que han dado lugar, muchas de las cuales se fundan aún en la enseñanza doctrinal que aquellos contienen, no podrían arrebatarles ese mérito, único que explica su popularidad prolongada.

En nuestro siglo de crítica positiva nos cuesta trabajo comprender la facilidad con que espíritus de primer orden han podido, en siglos pasados, meditar de seguida y con recogimiento sobre textos cuyo sentido evidente chocaba de un modo brutal con sus más caras creencias. ¿Cómo concebir, por ejemplo, que un Pascal, un Fenelon, un Bossuet hayan podido hallar sus delicias en la lectura asidua de los salmos, sin advertir una sola vez que en un punto capital de la doctrina cristiana eran, no solamente mudos, sino también negativos? Queremos hablar de la fe en una vida futura, consciente y remuneradora; y el hecho es que los salmos la ignoran absolutamente, como escritos en una época en que la fe en la vida de ultratumba era todavía informe, en la que después de la muerte no se esperaba la resurrección ni el paso á otro mundo mejor. La antigua idea hebraica del *sheól*, es decir, de la mansión subterránea de los muertos reunidos en un sueño uniforme, igual para los buenos y los malos, reina como soberana en toda la colección. Un mo-

tivo con bastante frecuencia allegado en apoyo de las súplicas de emancipación, es que una vez muerto no se pueden cantar más las alabanzas de Dios, y que si Jahveh deja consumir la pérdida de sus servidores, será esto de su parte un cálculo falso.

«¿Qué provecho hallarías en derramar mi sangre,—en hacerme descender á la fosa?—¿Te celebrará el polvo?—¿Proclamará tu fidelidad? (Sal. 30).—¿Haces tú un milagro en favor de los muertos?—¿Resucita en las sombras para glorificarte?—¿Se habla de tu gracia en el sepulcro,—y de tu fidelidad en la mansión de los muertos?—¿Tus hechos relevantes son conocidos en las tinieblas,—y tu justicia en la tierra del olvido? (Sal. 88).»

Se podrían citar otros pasajes completamente parecidos. A cada momento el gran problema de la desgracia inmerecida, del triunfo de la iniquidad, se impone á los salmistas, como á Job, en todo su rigor. Ni una sola vez aparece la solución que se hubiera presentado por sí misma al judío contemporáneo de Cristo y á los cristianos de todos los tiempos. La esperanza consoladora nunca traspasa el horizonte terrestre y sólo concierne al porvenir de la nación oprimida. Los salmistas se regocijaban ante la perspectiva de un período de felicidad y de gloria que compensaría un día las humillaciones de la hora presente. Debe aún reconocerse que el utilitarismo estrecho y rastrero de numerosos salmos constituye uno de sus flacos, bajo el punto de vista moral. Una estética imparcial disipa igualmente la ilusión tan largo tiempo acariciada por los comentaristas cristianos, que veían en cada línea predicciones milagrosas de la venida de Jesucristo y de los acontecimientos de su vida. Los rabinos judíos han tenido razón cien veces para negar la validez de los argumentos que los apologistas cristianos deducían de pasajes de los salmos desligados de su contexto y traducidos con una espantosa arbitrariedad.

Lo que, por otra parte, ha debido embarazar muchas veces á los judíos ortodoxos es el espiritualismo de buena ley de que ciertos salmos dan prueba, á propósito del ritual legal. Sobre este punto hay decididamente en la colección preludios del Nuevo Testamento. Sábese la extremada importancia que el judaísmo posterior al destierro concedía á la observancia minuciosa de las prescripciones legales, y, entre las ordenanzas atribuidas á Moisés, las que versaban sobre los sacrificios eran enteramente de primera clase. Sacrificando era como el israelita se arreglaba con la Divinidad, trataba de que estuviese propicia á sus votos y creía expiar sus faltas. Así, como podía esperarse, sucedía con frecuencia que el culpable diese buena

cuenta de sus transgresiones, amparándose detrás del *opus operatum*, el acto material de la ofrenda. En muchas ocasiones los salmistas ponían en cuestión el valor religioso de esta forma de culto, que tenía para ellos algo de mezquino, de contrario á la pura noción de las perfecciones divinas. Imaginarse que el hombre pueda cambiar en su provecho, con carne de buey ó sangre de macho cabrío, las intenciones divinas, es rebajar al Todopoderoso! Hay racionalismo en esta censura, que el autor del salmo 50 pone en boca del mismo Dios, dirigiéndose al pueblo judío:

«No te reprendo por tus sacrificios;—tus holocaustos están siempre en mi presencia.—Pero no reclamo el toro de tu casa ni los machos cabríos de tus rebaños,—porque míos son los animales del bosque,—y los millares de animales que vagan por las montañas;—conozco todas las aves de las alturas,—y está á mi disposición todo lo que se mueve en los campos.—Si yo tuviera hambre, no te lo diría á tí,—porque mía es la tierra y todo lo que hay en ella.—¿Por ventura, cómo yo la carne de los bueyes?—¿Acaso bebo la sangre de los machos cabríos?»

Que no se imagine, sin embargo, que reina el mismo espiritualismo de un extremo á otro de la colección, pues otros cantos revelan nociones religiosas de un materialismo completo. El Jahveh del salmo 18, que vuela por el espacio montado sobre el *Kerub*, es decir, sobre la nube de tempestad, de la que por una singular metamorfosis han hecho los cristianos el dulce y angelical querubín, ese Dios de narices humeantes, cuya boca arroja una brasa ardiente y que descende del cielo sobre negro nublado, ¿es el Sér universal, infinito, del bello salmo 139, ó bien un ídolo forjado por la ignorancia y el miedo? Nada mejor que citas de ese género muestra la naturaleza progresiva de esta religión de Israel que no se ha sustraído más que las otras á la ley de la evolución, y que no se ha elevado sino por grados sucesivos á la altura en que el cristianismo la ha cogido para difundir la idea esencial por todo el mundo.

Es preciso, pues, si no se quiere emplear mal las admiraciones, hacer la separación de las bellezas y de los defectos de esta poesía sagrada. A la luz de la crítica, el salterio recobra en colorido, en naturalidad y en frescura de vida lo que ha podido perder en autoridad, como serie de textos caídos del cielo. Nada está sobre la tierra exento de la condición fatal de la imperfección; pero se puede afirmar sin temor que lo que durante siglos ha conseguido los homenajes y la veneración de los hombres, ha debido siempre ese privilegio á algún mérito evidente ú oculto. Los salmos hebreos suministran una de las demostraciones más sen-

sibles de esta verdad, y sería muy triste pensar que el espíritu humano pueda alimentarse de pura ilusión.

IV.

Todavía no hemos abordado directamente la cuestión de autenticidad, de la que era inútil hablar antes de haber examinado los salmos en sí mismos; pero el presente estudio sería incompleto si dejásemos á un lado esta cuestión.

Para la opinión vulgar, ni aún hay lugar á proponerla. Los salmos son obra del rey David: tal es la tradición corriente, que se remonta muy léjos y que ha valido á ese príncipe el nombre de rey profeta. En efecto, si él fuese realmente el autor de los salmos, como quiera que estos describen á cada instante circunstancias y situaciones que le son muy posteriores, sería menester atribuirle un don de segunda vista completamente milagroso. Esta consideración bastaría á muchas inteligencias de nuestros días para poner en duda el origen davídico del salterio; pero es interesante saber cómo se presenta el problema á los ojos de la ciencia y de qué género de solución es susceptible.

Comencemos por manifestar el hecho de que los mismos colectores canónicos asignan un gran número de salmos á otros autores. A Asaph se atribuyen doce, diez á los hijos de Korach, dos á Salomon, uno á Moisés y dos ó tres á desconocidos. Setenta y tres se consideran como obra del rey David, y el resto se compone de cantos sin nombre de autor, y, como dice el Talmud, *huérfanos*. Es bueno, sin embargo, notar que, en virtud de la tendencia antigua á referir los escritos anónimos á nombres históricos, juntamente á una admirable prontitud en aceptar sin prueba el primer nombre que se presenta, la versión griega de los Setenta ha creído poder dar padres á cierto número de huérfanos, asignándolos á Jeremías, Ezequiel, Esdras y otras notabilidades del Antiguo Testamento, lo que hace que uno se pregunte si el texto hebreo original no trae ya la señal de esos complacientes investigadores de paternidad. Hay derecho para proponer semejante cuestión, cuando se ve que se atribuye formalmente á Moisés, cinco siglos anterior á David, un salmo—el 90—que no descubre el menor indicio de una antigüedad tan prodigiosa. Como quiera que sea, es lo cierto que de los ciento cincuenta salmos, setenta y tres solamente, precedidos de la inscripción *de David*, tienen la pretensión de remontarse al segundo rey de Israel. Si, no obstante, estuviese justificada esta pretensión, como David sería aún el más fecundo de los salmistas, á nombre del axioma *a potiori fit denominatio*, sería permitido, hablando del salterio, decir: *los Salmos de David*.

Desgraciadamente los hechos se prestan muy

poco á esta hipótesis. En la antigüedad cristiana un escritor del siglo V, Teodoro de Mopsueste, en quien se encuentran muchas observaciones muy acabadas sobre los libros bíblicos, había hecho ya resaltar el poco acuerdo que tan frecuentemente reina entre las inscripciones y el contenido de los salmos. Por ejemplo, hay salmos asignados á David que hablan del templo de Jerusalem como existente, cuando, no obstante, se sabe que ese edificio fué construido después de la muerte de aquel rey, por su hijo Salomon. Otros hacen claras alusiones á la deportación babilónica y á la destrucción de ese templo, y otros hablan del rey en tercera persona, y todo lo que expresan lo hacen con la mayor sumisión. El salmo 34, tirada de disticos sin ningún valor poético, colocados en el orden de las letras del alfabeto, debe haber sido compuesto por David, «fingiéndose loco delante de Achis, rey de Gath.» ¿En qué pensáis, pues, venerable rabino, que nos habeis dado una noticia semejante? Otro además, el 60, está visiblemente inspirado por el dolor de una derrota, y, sin embargo, por su título debía referirse á una guerra muy afortunada dirigida por David contra pueblos vecinos. Si se quiere tener una idea de la arbitrariedad que ha presidido á la redacción de esas pretendidas notas históricas, bastará comparar el salmo 3 á su título, que declara que ese canto de David tuvo por causa determinante su huida precipitada delante de su hijo Absalon.

Es preciso, pues, en todo caso, disminuir notablemente el número de los salmos davídicos; pero bajo un punto de vista más general, ¿sería bastante la vida conocida de David para justificar ese retrato ideal de un rey profundamente religioso que sabe á la vez batirse como un héroe y trepar á las cimas más elevadas del misticismo? Falta mucho para eso, y aparte de todas las diferencias de tiempo y costumbres, diríamos que el rey David se parece mucho más á Enrique IV que á San Luis. David compartió, sin duda, la creencia de su tiempo; hasta fué devoto de Jahveh, y las manchas que oscurecen su vida no impiden que fuese religioso á su manera. Parece además comprobado que fué en su juventud hábil para cantar, acompañándose de un instrumento de cuerdas, y que también fué poeta al modo del guererro árabe ó del caballero trovador de nuestra Edad Media. Muy joven todavía, se le ve dejar los prados paternos é introducirse cerca del rey Saúl, del que disipa con sus cantos los accesos de mal humor; pero, ¿de qué naturaleza eran sus cantos? ¿Eran salmos? Nada es ménos probable. Eran más bien canciones de hechos celebrando acciones heroicas, ó cantos joviales sin analogía con los himnos religiosos. Luégo, á continuación de su victoria sobre el gigante Goliath y de muchas otras hazañas, David se hace el amigo íntimo de Jonathan,

hijo del rey, y conquista con la espada en la mano el honor de desposarse con una de las hijas de Saúl. Rasgo característico; Saúl, que le odiaba secretamente y que meditaba su perdición, había exigido de él, como regalo de boda, que trajese de su expedición cien prepucios de filisteos, y habiendo traído el doble, llegó á ser esposo de Mical; pero la ojeriza del rey no cesa de perseguirle, por lo que David se decidió á buscar un refugio entre los enemigos de su nación, entre los filisteos. Es aquí cuando finge la locura; despues, á la cabeza de 400 merodeadores saqueó los países vecinos, y se convirtió algun tiempo despues en vasallo de un rey filisteo. Sin embargo, su popularidad crece siempre, porque él cayó preferentemente sobre los otros enemigos de Israel, en los que hizo horrible carnicería. Algunos rasgos de una gran nobleza, verdaderamente caballerescos, acabaron de realzarle en la estima de sus compatriotas, tanto, que despues de la muerte de Saúl y de Jonathan, vencidos en una batalla contra los filisteos, la tribu de Judá le llamó al trono. Las otras once tribus habían reconocido por rey á otro hijo de Saúl, Isboseth; pero la defección de su mejor capitán, Abner, que se pasó á David, le fué fatal. Poco despues, Isobeth fué asesinado por dos de sus oficiales, y David se hizo entónzes rey de todo Israel. Es de notar en todo este período que los dos cantos elegíacos de David, probablemente auténticos, sobre la muerte de Saúl y Jonathan, y sobre la de Abner, muerto por Joab, no revelan ninguna preocupacion religiosa.

David rey, continuó guerreando con éxito, trató de organizar sólidamente el poder real y aventuró un primer ensayo de centralización fijando en Jerusalem, de la que había hecho su capital, la tienda y el arca de Jahveh, es decir, el santuario nacional. En esta ocasion desplegó David un verdadero fervor, quiero decir, que á la vista y ante las aclamaciones del pueblo se puso á danzar, con vestiduras muy cortas, delante del carro que trasportaba el arca sagrada, hasta tal punto, que la reina, hija de Saúl, hubo de escandalizarse y le dirigió reconvencciones que David encontró muy fuera de lugar. «Y Mical, leemos, no tuvo más hijos hasta su muerte.» Guerras casi constantemente afortunadas le permitieron ensanchar los límites de su reino, y su dominacion se extendió hasta el Eufrates. Estas proezas fueron desgraciadamente oscurecidas por espantosas crueldades, por el rapto odioso de Bathseba y por la muerte todavía más odiosa de su marido. Los últimos años de su reinado fueron turbados por los desórdenes de sus hijos, de los cuales el uno deshonró á una de sus hermanas, y el otro, no contento con haber levantado el estandarte de la rebelion, tomó posesion del harem paterno *coram populo*. Sin embargo, David, obligado por algun

tiempo á huir de Jerusalem, volvió con sus veteranas tropas, que fácilmente dieron cuenta del usurpador. Despues comenzaron de nuevo las discordias intestinas con la rivalidad de Andonija, heredera del trono en el orden regular de la sucesion, y de Salomon que triunfó apoyado por su madre Bathseba. El hambre y la peste desolaron el país de Israel, y para conjurar la primera, David abandonó á las gentes de Gabaon, que tenían que vengar un antiguo perjurio de Saúl, siete descendientes de su precesor, y los autorizó para crucificar á los siete desdichados «delante del Eterno.» Esto era en puridad consentir un sacrificio humano. En cuanto á la peste, fué detenida por la creacion de un altar á Jahveh y por inmolaciones de bueyes. En fin, David murió dejando á su hijo Salomon, entre otras instrucciones más prudentes, la de hacer matar á su antiguo general Joab, á quien tanto debía, y á un cierto Simhi, hijo de Guéra que le había insultado cuando la sublevacion de Absalon, pero á quien á su vuelta había prometido la vida. Este último rasgo arroja una luz ménos que edificante sobre sus sentimientos secretos, y demuestra que envejeciendo se había hecho rencoroso y pérfido.

¿Da esta reseña de una vida tan agitada alguna verosimilitud á la opinion segun la cual David había compuesto un gran número de salmos que conocemos y creado en algun modo ese género de poesia religiosa? Nos parece que tiende á un fin enteramente contrario. David queda siempre como un grande hombre, un intrépido guerrero y uno de los pocos políticos que han ocupado el trono de Israel; pero eso no es ser un héroe religioso. Su fogoso carácter, mezcla paradógica de nobleza y de trivialidad, de indulgencia y de crueldad, de dominio sobre sí mismo y de sensualidad apasionada, de poesia y de vulgaridad, de ningun modo cuadra con la disposicion moral que ha dictado la composicion de la mayoría de los salmos. La poesia que se desprende de su historia, legendaria ó no, pertenece al género heróico y no al místico; no hay en ella ni áun concordancia de ideas. Los salmos están compuestos bajo el punto de vista de un monoteismo rígido, ya muy purificado, que apenas conforma con lo que sabemos de las creencias y de las tolerancias de David. Leemos, por ejemplo, que éste tenía en su morada ídolos domésticos, especies de penates, y el atrevido bailarín ante el Eterno, el que creía alejar el azote de la peste multiplicando las hecatombes y conjurar el hambre haciendo crucificar siete inocentes, ¿podía haber cantado, como lo han hecho los salmistas, la unidad absoluta del Sér divino, lo absurdo de las imágenes talladas y la inutilidad de los sacrificios? Hay más todavía: en una de las más vivas amonestaciones del profeta Amós, dos siglos más moderno que David, distinguimos un pasaje que

atestigua que en tiempo del profeta, si era David conocido y gustaba como poeta, no lo era todavía como poeta religioso. El profeta se dirige sobre todo á los ricos voluptuosos, á quienes acusa de irritar al Eterno por su lujo y su molicie: «Vosotros, —dice,—que pulsais el arpa,—vosotros que *inventais cantos de David*,—que bebeis el vino á copas llenas,—y que os perfumais con los más exquisitos aromas, etc.» ¿No es evidente que en semejante relacion los cantos ó los aires de David forman parte de esas divisiones de que se escandaliza el austero profeta, y que nunca hubiera hablado de esa suerte si los «Cantos de David» hubiesen significado en su tiempo «salmos?»

¿Cómo, pues, se ha formado una tradicion tan constante y tan antigua? Debe esta su origen á la misma corriente de ideas que ha transfigurado la persona de David en los recuerdos de su pueblo. Su reinado, á pesar de sus manchas, fué el más glorioso de la historia nacional. Principalmente despues de su muerte y de la de Salomon, que recogió lo que David había sembrado, cuando á cada instante debió hacerse la penosa comparacion del estado mezquino, humillante y aún intolerable del pueblo de Dios, con su brillante situacion bajo el cetro del hijo de Isai, fué cuando David se hizo el héroe popular, el rey querido; en una palabra, un ideal nacional. Pero vino la época en que religion y nacion no representaron para el pueblo judío más que un solo y mismo interes, en la que lo que era nacional se hizo por esto mismo religioso. Así es cómo David pasó á la dignidad de rey «conforme á la voluntad de Dios,» de prototipo del Mesías, y cómo se encuentra muy natural atribuir á su inspiracion poética cantos que fascinaban al pueblo fiel por la correccion, no ménos que por la energía del sentimiento religioso. ¿No había sido David poeta y cantor? Pues él había hecho salmos, los salmos más hermosos, y la imágen que se ve tantas veces al frente de las antiguas Biblias, representando al rey-profeta cubierto con el manto real, la corona en la cabeza y acompañándose del arpa, se pintaba en la imaginacion del pueblo judío y de los primeros cristianos mucho tiempo ántes de ser grabada en madera.

Sin duda que siempre queda como posible que David, que se ocupó del culto y que él mismo desempeñaba, sin escrúpulo, funciones sacerdotales, haya compuesto también himnos religiosos, y aún puede ser que algunos restos de esas antiguas poesías fuesen incorporados á obras de una edad mucho más reciente; pero es preciso renunciar á la esperanza de volverlos á encontrar en los textos que poseemos. Lo que sí es cierto es que, á la luz de una crítica puramente histórica, la gran mayoría de los salmos sólo encuentra su lugar natural en el período que sigue á la vuelta del cautiverio de Babilonia

y que se extiende hasta el renacimiento nacional, de que la heroica familia de los Macabeos tomó la direccion. Muchos tienen aún el sello de ese gran acontecimiento, que se realizó en el siglo II ántes de Jesucristo. Semejante asercion ha parecido por largo tiempo excesivamente audaz, pues trastornaba todos los sistemas sutilmente elaborados por respetables hebraizantes que tendian á hacer la menor brecha posible en la tradicion. M. Reuss ha mostrado con mucha claridad, que el horizonte político y religioso de la mayoría de los salmos, que su manera de comprender el presente y el porvenir del pueblo invitado á cantarlos, que la oposicion tan frecuente de los *pobres* ó de los *humildes* de una parte, de los *malos* ó de los *pecadores* de otra, es decir, en el fondo del pueblo judío y de los paganos, que la manera con que se habla en ellos de la ley como de un código crítico que es preciso meditar sin cesar,—que todo esto nos hace pensar en un tiempo diferente del de David y aún del período intermedio entre su reinado y el cautiverio.

Tenemos, por ejemplo, el salmo 74, uno de los más importantes de la coleccion bajo el punto de vista histórico. La situacion que pinta es desesperada. El enemigo pagano, no es sólo dueño y tirano del país santo, sino que ha declarado la guerra á la religion nacional:

«El enemigo lo ha devastado todo en el santuario.—Tus adversarios braman en el recinto de tus atrios;—por símbolos han puesto allí los suyos.—Puede vérselos semejantes al leñador—que blande el hacha en lo espeso del bosque.—A porfia han roto las escrituras del santuario — á martillazos y á hachazos.

»Han incendiado su lugar santo,—han derribado y profanado la morada de tu nombre,—y en su corazon han dicho, aplastémoslos á todos.—Han quemado todos los lugares del culto (las sinagogas) en el país.—Ya no vemos nuestros emblemas;—ya no hay profeta entre nosotros,—y ninguno de nosotros sabe hasta cuándo.»

Evidentemente se trata aquí de una devastacion del santuario de Jerusalem, pues no hay más que dos acontecimientos de este género á que poder referir semejante pintura: la destruccion del templo por Nebucadnesar (1), y la profanacion del mismo templo bajo Antíoco Epifanio; pero la primera referencia es imposible. Nebucadnesar quemó el templo y lo arrasó, mientras que esta vez ha sido devastado, en parte incendiado, pero quedó en pié, como lo prueba el haberse introducido en él símbolos de un culto extranjero. Es preciso observar

(1) Que nosotros llamamos Nabucodenesor.

además esta queja cuya amargura no podrán exagerar los que conocen bien la historia de Israel: «ya no hay entre nosotros profeta!» No es en los tiempos de Jeremías y de Ezequiel cuando podían lamentarse de esta suerte. En fin, los enemigos del pueblo y de Dios han quemado las sinagogas, lo que nos lleva una vez más al período que sigue á la vuelta del destierro. En efecto, sólo despues de éste es cuando pudo tratarse de sinagogas en país judío. Así, pues, hácia el año 168 ántes de nuestra era, cuando Antíoco, decidido á extirpar una religion que con razon miraba como el principal obstáculo á su plan de helenizacion del pueblo judío, puso á saco la ciudad y el pueblo, y sobrepuso un altar de Júpiter al de Jahveh, fué cuando esta lamentacion se compuso. Tenemos por consecuencia ante nosotros la prueba, el hecho de que el salterio no se concluyó sino despues de esta época, y podemos esperar encontrar en él cantos inspirados por el sufrimiento y los triunfos inesperados del período macabco.

Muy léjos de tener por autor al rey David, el salterio tocaría, pues, bastante cerca por el momento de su terminacion definitiva á la era cristiana, lo cual haría ménos sorprendentes las afinidades entre ciertos salmos y las doctrinas evangélicas. De aquí se puede remontar el curso de los siglos, y encontrar salmos que se aproximan á los tiempos del cautiverio, algunos que puedan ser contemporáneos, y muy pocos que deban referirse más allá: al ménos faltan razones concluyentes. Entre los salmos más antiguos, es preciso colocar probablemente el 8 y el 18 que hemos reproducido, así como el 29, cuyos acentos rudos, casi salvajes, tienen algo de primitivo.

Probablemente á causa de esta analogía de situacion, confusamente sentida áun á través de la pesada envoltura de las traducciones, los salmos han sido tan populares en el seno de las sociedades militantes y perseguidas, como lo era el pueblo judío bajo los seleucidas. La Reforma les dió casi en todas partes una segunda juventud. El famoso cántico de Lutero: *Ein feste Burg ist unser Gott*, es el eco de un salmo. Los reformados en Suiza, en Francia, en Escocia y en los Países-Bajos, sacaron del salterio sus cantos favoritos de consuelo y de guerra. Nuestros hugonotes, sobre todo, hicieron de él un uso muy frecuente, pues se sabe que tenían á su disposicion la traduccion versificada de Clemente Marot y melodías muy olvidadas al presente y muy admiradas, sin embargo, por los escasos aficionados á una música religiosa, grave y austera. Y á este propósito, permítaseme recordar un rasgo de nuestra historia nacional muy poco conocido y muy honorífico para los salmos.

En 1589, en Arques, cerca de Dieppe, en la Alta

Normandía, el que representaba entónces á la Francia moderna, la Francia del espíritu libre y del porvenir, Enrique IV, se veía en visperas de tener que renunciar á la lucha. Obligado á levantar el sitio de París, se había retirado con su pequeño ejército á las cercanías del mar para poder refugiarse en Inglaterra en caso de una última derrota, pues el ejército de la Liga, más fuerte que el suyo, se prometía dar un golpe decisivo en Arques. Era este uno de aquellos instantes eminentemente trágicos en que los destinos de una nacion parece que están sólo pendientes de un hilo. El Bearnés vencido significaba el triunfo incontestable de la Liga, la supremacía de la España, el ultramontanismo omnipotente, y la Francia descendiendo á la vez al *in pace* en que se han sepultado tantos valerosos pueblos que perdieron su vigor por este terrible sistema. Enrique IV había situado muy bien á su débil ejército sobre unas alturas dominadas por un antiguo castillo del tiempo de Guillermo el Conquistador, y cuyas ruinas imponentes existen todavía. Los protestantes de Dieppe y de las cercanías habian reforzado el ejército lo mejor posible; pero constituían á lo sumo dos fuertes compañías. El ejército de Mayena atacó, y á pesar de la bravura desplegada por los soldados del rey, adelantaba abrumándolos bajo el peso de su superioridad numérica. Introduciase ya el desorden en las filas del ejército real, verificaba una defeccion pasándose al enemigo una compañía de lansquenets, y la batalla parecía perdida, cuando Enrique se lanzó hácia dos grupos sombríos que permanecían inmóviles sobre las alturas y que hasta entónces no habían entrado en combate, pues estaban colocados en la retaguardia, quizá porque se tuviese alguna desconfianza de su solidez militar; pero ya no era tiempo para vacilaciones: «Vamos, señor ministro,—gritó el rey dirigiéndose al pastor Damour, que había acompañado á sus feligreses;—entonad el salmo, que ya es tiempo.» Y en seguida se vió á las dos masas negras moverse, marchar hácia el enemigo con las picas en ristre, y por cima del ruido de la batalla se alzó una melodía cadenciosa que les servía para marcar el paso: era el canto de guerra hugonote, el salmo 68:

Que Dios se muestre,	Aunque esas tropas
y en un instante	fieras parecen,
ese enemigo	cual humo espeso
tan arrogante	se desvanecen,
del campamento	cual blanda cera
se fugará.	se fundirán.
Los adversarios	Y ante el Eterno
despavoridos	los fieros bríos
ante su rostro	de los malvados
desvanecidos	y los impíos
por todas partes	polvo y ceniza
escaparán.	luégo serán.



Las dos compañías, sombrías, cantando y á la vez perdiendo á cada paso alguno de los suyos, penetraron como dos cuñas de hierro en las filas de los ligeros, y la brecha que en ellas abrieron permitió al ejército real tomar de nuevo la ofensiva. En el mismo instante la niebla, que toda la mañana había impedido á la artillería del antiguo castillo hacer fuego sobre las tropas de Mayena, se disipó, y muy pronto el canto del salmo fué acompañado por las detonaciones regulares de los cañones del rey. A partir de este momento, la desbandada de los ligeros fué completa; éstos fueron perseguidos muy activamente; Enrique IV se salvó, y, podemos decirlo con verdad, la Francia con él. Fuerza es confesar que es cosa extraña el ver este cántico judío, de autor desconocido, probablemente del tiempo de los seleucidas, contribuir así en no pequeña parte á crear la Francia moderna. Y ya que estamos en el terreno bíblico, no podemos terminar de mejor manera que recordando estas palabras de otro libro sagrado: «El espíritu sopla donde quiere, y nadie sabe de dónde viene ni á dónde va.»

ALBERTO REVILLE.

(*Revue de Deux mondes.*)

BOSQUEJOS MÉDICO-SOCIALES PARA LA MUJER.

EL VENENO ENTRE FLORES Y ABROJOS.

Tabes fiunt maxime etatibus, a decimo octavo, usque ad trigesimum quintum annum.

(Hipócrates.)

I.

Apénas daba por terminado el artículo anterior, cuando un amigo se presentó en mi casa proporcionándome asunto para otro.

Era el principal objeto de su visita escuchar mi parecer sobre los peligros que amenazaban á una jóven de su familia, que arrojó dias pasados algunas bocanadas de sangre, y la han sobrecogido con tan mortal espanto que se cree víctima de una enfermedad incurable.

Me apresuré á reconocerla y, felizmente, juzgué no existían motivos de alarma. Sin embargo, han trascurrido unos cuantos dias, y su estado moral permanece igualmente conmovido, sin que nada logre borrar de su memoria el recuerdo de aquel triste accidente.

II.

Hé aquí un suceso que observa con extraordinaria frecuencia el médico, y casi siempre seguido de análoga impresion.

Existe desde tiempo inmemorial la creencia, sancionada largos años por la misma medicina, de que la sangre arrojada del pecho es el fatídico heraldo que anuncia irremediabilmente una enfermedad mortal.

Tan profundas raíces tiene esta opinion entre las personas, que todas se horrorizan de un síntoma que, por sí solo, tanto puede manifestar el desarrollo de una tisis, como librar al sujeto de un accidente mortal.

Consecuencia lógica es que en muchas ocasiones preocupen más al médico el terror y la profunda pena que se apoderan del paciente, que el suceso mismo.

Para expresarnos como lo hacemos, atendemos únicamente á lo que hemos observado; y es seguro que corroborarán nuestras palabras cuantos, sin ser médicos, sufren la triste influencia de una aprension tan pertinaz como horrible, y no salen un momento de esa inquietud que les obliga á estar constantemente examinando cuanto arrojan por la boca.

Yo tambien he sentido esta cruel incertidumbre, y aseguro que con ella se arrastra una idea infernal, torturada por continuos sobresaltos, y capaz de sumir en la hipocondría, en el aburrimiento y en la desesperacion el ánimo más fuerte.

Y si tanto puede un temor, muchas veces infundado, el pánico toca á su colmo cuando esa mancha de sangre aparece ante la vista.

Voy á referir la impresion que en mí produjo este accidente, el cual he sufrido; y entiéndase que no haré más que la exposicion fiel de lo que siente el comun de los *hemoptóicos*: sólo poniendo en contribucion los sufrimientos propios es como muchas veces puede dárselos el colorido que merecen.

Séame, pues, permitido, en obsequio á esta verdad, decir algo de mi humilde persona, para referir un susto como no he recibido otro igual en toda mi vida.

III.

Era la noche del 13 de Agosto de 1873.

Hermosa y pura, como todas las de estío, brindóme á aceptar gustoso la invitacion que me hizo mi querido amigo el reputado doctor Castillo de Piñeiro, para asistir á los concurridos jardines del Buen Retiro, donde la Sociedad de Profesores celebraba uno de sus conciertos habituales.

Completamente bueno y sin que ningun leve dolor me aquejase, disfrutaba con amplitud las mil delicias de tan ameno lugar.

Había escuchado ya con profunda atencion gran parte del concierto; había paseado mucho sin fatigarme, y tocaba su turno á ese tesoro de sentimientos religiosos envueltos en notas celestiales

que encierra la inmortal *Ave-María* de Gounod.

Comenzó la orquesta, y yo procuraba no distraer mi atención de los tiernos y melodiosos gemidos que exhalaban las cuerdas de infinitos violines, heridas magistralmente y á compás.

De pronto siento un ligero cosquilleo en la garganta, que me obliga á una tosecita suave; en seguida un sabor dulzaino, particular, *sui generis*; saco el pañuelo, escupo y... una bocanada de sangre, bermeja, rutilante y espumosa se extendió sobre aquél.

Lo que pasó por mí cuando ví esto, es indescribible. Primero, un estremecimiento convulsivo; después, fuerte espasmo de horror, y en seguida frío, mucho frío, y horripilación por todo el cuerpo.

Consecutivamente los oídos me zumbaron hasta velarme por completo los dulces acordes de la orquesta, que percibía confusamente como si fuesen vaga armonía de un misterioso ensueño: mi vista se nubló; las luces se difundieron, y los objetos me parecían flotar entre aureolas rojas: sentí la frente empaparse de sudor frío; hube de ponerme densamente pálido, y todo, en fin, parecía anunciarme un inminente desvanecimiento.

Algo repuesto de esta primera emoción, una fuerza irresistible mantenía clavada mi vista sobre el pañuelo, que destacaba amenazadora, como inexorable sentencia de próxima agonía, aquella roja mancha, cuya *escandalosa presencia* hacía brotar de mi anonadada cabeza un confuso tropel de sombríos pensamientos, que derramaban indescribible amargura por todo mi ser.

Una salva estrepitosa y formidable de aplausos me arrancó de tan doloroso ensimismamiento, haciéndome recordar el paraje donde me hallaba.

Tendí la vista en derredor, y un público alegre, satisfecho, y al parecer feliz, solicitaba la repetición del *Ave-María*.

¡Qué crueles contrastes! Aquellas ruidosas manifestaciones de satisfacción me hicieron daño, y para eximirme de ellas arranqué á mi amigo de su agradable éxtasis, y le pedí me acompañase hasta mi morada.

Horas después, una hemorragia pulmonal, detenida anteriormente por el espasmo de mi horrible susto, se presentaba, haciéndome temer un suceso fatal y próximo.

Días posteriores pude convencerme de lo infundado de mis sobresaltos.

Aquella hemorragia, lejos de ser un síntoma de fatal augurio, fué un remedio poderoso con que la naturaleza me libraba de un accidente mucho más grave.

Dos años próximamente han trascurrido desde entonces, y vivo en la persuasión de que mi salud es completa.

IV.

He recordado este suceso de mi vida porque antes de pasar á consideraciones de mayor interés, deseo hacer constar, siquiera no sea más que para tranquilidad de muchos, que no siempre las hemorragias del pecho son precursoras de padecimientos mortales.

Y estimo tanto más conveniente este comienzo, cuanto que semejante horror no es atributo exclusivo de seres pusilánimes. Sabemos de muchos sujetos, de valor reconocido en bastantes ocasiones, que se han asustado tanto como pudiera hacerlo la más delicada señorita.

Es porque todos sienten, al escupir un poco de sangre, algo que estremece y espanta más que la misma muerte; algo que ha hecho á muchos llevar á sus sienes el frío cañón de una pistola, para deshacer en breves momentos una vida que no se atrevían á seguir: ese algo es el instintivo horror á la enfermedad misma.

Omitimos en este trabajo decir cómo y cuándo dicho síntoma es grave: en cada caso particular ya procurarán advertirlo los profesores de la ciencia, á quienes siempre debe consultarse.

V.

No recuerdo haber estudiado nunca algo sobre la tisis, ó leído trabajos que con ella se rocen, sin que concluyese sumiendo mi pobre pensamiento en infinitas y tristes cavilaciones.

Cuando visitaba como alumno las enfermerías del Hospital General de esta corte, nada afectaba tanto mi alma como las conferencias que oía á los profesores cuando se encontraban á la cabecera de una tísica.

Entonces, nublábase mi alegría, y ecos de angustia se despertaban en mi corazón con el espectáculo de un humilde lecho, entre cuyas blancas cubiertas se destacaba la cabeza triste y consumida de un joven, cuya vida volaba insensiblemente envuelta en golpes de tos, y un experto sacerdote de la medicina que dirigía á la juventud su autorizada palabra, mostrándola los peligros de las edades primeras.

Esta impresión es común á todos los médicos, porque nada hay tan desconsolador, ni nada sobrecoge tanto como estudiar lo que se relaciona con las enfermedades del pecho.

Las razones de tan extraña influencia son muchas y dignas de exponerse con detenimiento; sin embargo, nos limitaremos á las más principales.

VI.

La primera es su incurabilidad, que logra desalentar al profesor como ningún otro padecimiento.

Sufre el individuo una pulmonía: el médico conoce la enfermedad, se apresta á la lucha, combate con fé desde el principio, y esta no le abandona hasta que ha perdido su última trinchera, es decir, hasta que el enfermo se agita en las postreras convulsiones de la agonía.

Si el enfermo perece, deplora esta desgracia; pero el recuerdo de otros muchos salvados de la muerte conserva palpitante la esperanza del profesor, y cuando un nuevo enfermo se presenta no duda, hasta el final, de su curacion.

Se desenvuelve cualquier epidemia sobre una ciudad: el huracan de la muerte arrolla infinitos desgraciados, las víctimas se multiplican... ¡No importa! lo mismo que un soldado pundonoroso pelea hasta la muerte, el médico permanece temerario al pié de la cama, estudia, experimenta, lucha sin descanso, siempre con entusiasmo y con infatigable ardor, seguro de que la victoria tardará en presentarse más ó ménos, pero que al fin llegará.

El cáncer mismo, no obstante sus terribles estragos, siempre proyecta un leve rayo de esperanza. El cirujano le reconoce, le acomete con el bisturí, cierra con él, procura limitarle y le extirpa.

Sucede con frecuencia que se reproduce, pero tampoco importa si es único y accesible; se intenta otra nueva operacion, y siempre queda la duda de que se reproduzca. Basta que haya habido algunos que se curaron, para que el cirujano no desconfíe en absoluto; y, por fortuna, aquellos abundan.

Es decir con esto que pocas son las enfermedades contra las cuales el médico no entable lucha, y pocas las que, aún en los últimos estertores de la vida, no presten algun aliento. Sólo la tisis y las lesiones del corazon desde el primer momento acobardan al médico, y se proveen de un pasaporte infalible para el duro tránsito de la vida á la muerte.

Por más que no sean las únicas que deshaucia la ciencia, tan refractarias se las halla siempre para la curacion, que parecen creaciones sarcásticas destinadas sólo á burlar todos los progresos de la medicina.

Cierto es que nunca faltan algunos charlatanes, pujadores atrevidos de la desvergüenza y viles mercaderes de la credulidad pública, que llevan su cinismo hasta el extremo de asegurar la curacion; pero siempre concluyen por recibir el anatema de la sociedad.

Sus embaucadoras promesas, anunciadas pomposamente y sin otro propósito que un mezquino interés propio, alucinan al principio; pero el engaño se descubre cuando todo el mundo ve que los cementerios se siguen poblando con cuerpos héticos, exprimidos por la calentura, y martirizados por infructuosos remedios.

Penetrado de esta verdad, el médico digno y que

sabe mantenerse á la altura de su delicado sacerdocio, siente, á su pesar, notable desaliento para luchar contra ella. Hay más: como si este horrible atributo no bastare, coexisten otros no ménos importantes y que dan á las enfermedades dichas un interés particular.

VII.

La juventud, esa esperanza del porvenir y risueña generacion que abrillanta y vigoriza la actualidad de todas las épocas y de todos los pueblos, es la que más sufre sus iracundas sañas y la que mayor tributo la rinde.

Nace el niño, se deslizan sus primeros años entre infinitos peligros, que salvan milagrosamente los ménos, y cuando entra en la edad núbil y el cuerpo parece desafiar con su exuberante vigor toda clase de enfermedades; cuando sueños de rosa siembran de flores el presente y dan fuertes alientos para el futuro; cuando la vida, en fin, se manifiesta en toda su pujanza y esplendorosa belleza, fenece el jóven con la sonrisa de esperanza en los labios, la imaginacion henchida de risueños proyectos, y el corazon sediento de suspirados goces.

¡Puede pedirse destino más aciago!

Enfermedad prodigiosa y falaz como ninguna otra, despliega en su curso, y acrecienta tanto más cuanto más próxima se halla á su ocaso, una triste poesía que la matiza en muchas ocasiones con un tinte novelesco.

Es, como dice mi amigo querido el elegante escritor médico, doctor Jimeno y Cabañas, la poesía de la juventud que se escapa, del amor que se desvanece, de los dulces recuerdos que se disipan, de la muerte que llega con los primeros vientos de otoño y que empuja el alma hácia el infinito de la otra vida, así como estos arrastran las hojas secas de Octubre hácia el polvo de otros horizontes.

¿Quién, por muy superficial que sea, no ve en esos cuerpos juveniles, estenuados por la fiebre y el dolor hasta quedar reducidos á una seca envoltura pegada al esqueleto y pronta á ser deshecha por el eterno movimiento de la materia, cierta majestuosidad muda, cierta sombría estética, mezcla de melancolía y sentimiento, que despiertan irresistible simpatía, preñan de lágrimas los ojos y ahogan el corazon con una esencia de profunda tristeza?

¡Ah! sí; hay cuadros que oprimen instintivamente el alma de pena, como hay otros que la dilatan de gozo.

Tambien el romanticismo tiene sus manifestaciones dentro del escueto y luctuoso campo de la patología.

Examinense con cuidado esas jóvenes tísicas ó enfermas del corazon, cuyos padecimientos se han esarrollado entre penas del alma y pasiones con-

trariadas, y concluirán inspirando algo más que respeto y lástima.

Seguros de su terminación fatal, hallaremos en sus pensamientos exaltados por una imaginación soplada por la calentura, en sus sonrisas dibujadas por unos labios descoloridos y secos, en sus palabras que articula una voz entrecortada y débil, en sus miradas... en todo, un poema acabado de infinito sentimiento.

Su estado de completa lucidez hace que conmueva cuanto de ellas emana. Parecen arpas pulsadas por la enfermedad, exhalando sin cesar lastimeras notas de dolor y de nostalgia.

Este privilegiado atributo de tal modo es universalmente reconocido, que ya desde muy antiguo suelen explotarle los novelistas y pintores cuando se proponen afectar con sus trabajos.

Recordamos una obra del inmortal Lamartine, su *Rafael ó páginas de los veinte años*, en la que representa con tan exquisita delicadeza y conmovedora filosofía dos amantes tísicos, que su lectura entenece involuntariamente el alma.

Los que hayan visitado nuestra última Exposición nacional de Bellas Artes, celebrada en el local del Sr. Indo, de seguro recordarán un cuadro de medianas proporciones, que mantenía siempre un grupo de personas contemplándole con extraño interés.

La enferma del corazón se titulaba y era el asunto de su composición, pero con tanta verdad y talento presentado, que hería la imaginación y afectaba el alma de cuantos le observaban.

Era imposible fijarse en él sin que una indescribible pena surgiese á la vista de aquella reproducción de una de esas escenas más dolientes de la familia.

Sin embargo de lo vagaroso de mi recuerdo, tengo bien presente aquella joven abatida por los insomnios y los sufrimientos, cuyo triste, bello y cianótico semblante aparecía caído entre almohadas, disfrutando sentada de un fugaz descanso, imposible de conciliar en el lecho, pero que no tardaría en ser turbado por un golpe de tos.

Esta elocuente situación, que es la que siempre ofrecen los padecimientos del pecho en sus últimas evoluciones; el aspecto estudiado de los otros dos personajes que aparecían en el lienzo; la entonación baja, triste y misteriosa de la estancia, todo hacía de este cuadro uno de los más importantes por su expresión.

Prosigamos.

VIII.

Otro de los atributos que aumentan el interés del tema que nos ocupa es su inmensa frecuencia, tan grande como no reconoce igual ningún padecimiento.

Sólo pensarlo horroriza, pues cada minuto que marca el reloj es seguro que marcha envuelto con el último aliento de un tísico ó un enfermo cardiaco.

Para convencernos de esta afirmación, hágase lo siguiente:

Pregúntese á todos los discípulos de Galeno de qué enfermedad han extendido más certificados finales, y responderán que de la tisis.

Entremos en los hospitales, recorramos todas las salas de medicina, y veamos el cuadro que ofrecen.

En ordenados lechos, que alumbra muchas veces la insuficiente luz que penetra al través de empolvados y amarillentos cristales, gimen multitud de pacientes.

Es la morada del sufrimiento, y reina en su interior profunda calma y silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por algún grito lastimero que arranca el dolor, y sin cesar por toses rebeldes, roncas, cavernosas, que se dejan escuchar en todos los puntos de la sala.

Si queremos cerciorarnos más y tenemos valor para acercarnos á la cabecera de los lechos y leer las papeletas que contienen la filiación y enfermedad de las estancias respectivas, veremos que, cuando ménos, una tercera parte sufren del pecho.

Y si de estos asilos de la indigencia pasamos á los domicilios particulares, lo mismo en la modesta vivienda del obrero, que en el suntuoso palacio del magnate, hallaremos las enfermedades del pecho absorbiendo una respetable mayoría de los que padecen.

Pero no sólo las tenemos en el lecho, por todas partes se encuentran; en el paseo, en la calle, en el teatro, en la iglesia...

Y esto lo mismo sucede en Madrid que en provincias, en España que en el resto de Europa, en Europa que en el mundo todo.

Tan es así, que no obstante los estragos que la tisis hace en España, debemos consolarnos pensando que hay naciones donde nos aventajan muchísimo.

Inglaterra es una de las primeras. Ese tipo rubio, dulce, ideal de la raza germánica, es el que más sufre sus azotes.

Concretándonos á cifras, que hablan con más elocuencia que cuantas reflexiones puedan hacerse, véase á continuación lo que arroja la mortalidad anual de algunas capitales, sólo de la tisis.

Londres, más de 12.000.

París, cerca de 9.000.

Viena, unos 5.000.

Berlin, la mitad próximamente.

Bruselas anda en derredor de 4.500.

Turin y Stokolmo, la mitad.

En el Brasil, según el doctor Ligaud, ocasiona el 0,20 de las defunciones.

Sumadas las bajas de un año en todo el globo, arrojarían mucho más de un millon.

IX.

Nada más lógico que esta mortandad. La tisis no viene á ser, por lo comun, más que una consuncion del cuerpo (1), debida á multitud de causas que no cumple aquí enumerar.

Baste decir que lo son todas las infracciones de la higiene, cuando tienden á desviar el organismo del camino recto que debe seguir para su buena conservacion, y obsérvese que nada se tiene más descuidado que la higiene.

Fijese cada individuo un poco en su cuerpo, trate de conocerlo y le hallará hecho con materiales tan de suyo frágiles y delicados, que más bien parece un telar finísimo, preparado con coquetería para resguardarse dentro de un fanal y mimarse como tierna sensitiva, que un organismo dispuesto para la lucha.

En la combinacion de los múltiples elementos que constituyen sus cambios moleculares, en las leyes que rigen las actividades de su vida, y en esa armonía de infinitas funciones que supone la salud, hay una delicadeza tan exquisita, una minuciosidad tan maravillosa, cual la que pudiera ofrecer un tejido cuyas mallas fueren constituidas por hilos de nieve, susceptibles por tanto de desbaratarse al más pequeño soplo.

Si el hombre procurase pensar convenientemente sobre esta verdad, se admiraría de su propia existencia.

Cierto es tambien que el individuo vive porque todo en él responde á esta necesidad; pero áun partiendo de este principio tranquilizador, le sucedería que, así como el que piensa mucho y conoce las fuerzas de la gravitacion universal y el cruzamiento de las órbitas planetarias en los espacios de su rotacion, concluye temiendo verse aplastado por el choque de un planeta, así el sujeto que pensase mucho sobre su vida concluiría por cobrar miedo al aire que vivifica su sangre, al agua que apaga su sed, al alimento que nutre su organismo, á la voluntad que solicita la contraccion de un músculo para determinar un movimiento; á todo, en fin, porque todo puede convertirse en causa de enfermedad, como de todo disfrutamos para el mantenimiento de nuestra salud.

Habidas semejantes condiciones de organizacion,

(1) Justifiquen los médicos que lean estos *Bosquejos médico-sociales* la necesidad de presentar al público una etiología á su alcance, que es lo que procuramos hacer, concretándonos á las causas sociales. Por lo demas, debemos advertirles que tenemos en nuestro poder, y hemos leído, los últimos trabajos de Pidoux, Niemeyer, Virchow, y otros que, sobre la curabilidad de la tisis, han visto la luz recientemente en periódicos extranjeros y nacionales.

se comprende que el epílogo de todo exceso sea siempre una enfermedad.

El individuo que torna á su apetito en despertador de goces gastronómicos, se retuerce más tarde con las convulsiones dolorosas de la *gastralgia*; como naufraga en el envenenamiento de su existencia y de su desesperacion el que bastardea la santa necesidad del amor para engolfarse en los delirios de mil placeres eróticos.

Hasta las mismas necesidades naturales tienen trazado el justo círculo de su evolucion; cuando se excede de él, se invade el campo de mil y mil enfermedades, entre las cuales se alza la tisis como asumiéndose la significacion de cuantas surgen de estos excesos.

De aquí que la tisis reconoce una etiología tan vasta, y de aquí tambien su incurabilidad, porque casi siempre representa la derrota del organismo en esa lucha muda é interna contra las causas que obraron largo tiempo para abatirle.

Tengamos, por consiguiente, la bastante ingenuidad para convenir en que la mayoría de los seres que perecen por la tisis, constituyen un capítulo de cargos en el proceso de nuestra indolencia.

Procuraremos demostrar esta acusacion en el resto del artículo.

Por de pronto, hagamos una advertencia: la tisis goza de un privilegio que compensa algo su aciaga existencia, y es que se previene, que se puede evitar; toda la dificultad estriba en conocer sus causas, y hoy justo es decir que son muy conocidas.

Para dar á este artículo cierto *sabor práctico* vamos á ocuparnos sólo de algunas, que procuraremos sean de las que más influencias ejercen sobre la juventud.

Las madres, á quienes corresponde velar por la salud de sus hijos, y la juventud de ambos sexos pueden sacar gran partido de su conocimiento, y para ambas las escribimos.

X.

Del mismo modo que al comenzar el segundo artículo solicitaba de mis lectoras que me acompañasen á un paseo por los alrededores de Madrid, así ahora las invito á presentarnos en otro paseo público, siempre que sea de los más concurridos.

Supongamos pertenecen estas horas á la tarde de un domingo, y ya me parece escuchar que todas me recuerdan el aristocrático paseo de la Castellana. ¿No es así?

Me place, y es á propósito: á él afluyen multitud de paseantes y podremos hacer provechosas observaciones.

Tan original objeto, posible es dibuje incrédula y picaresca sonrisa en los delicados labios de alguna hermosa lectora.

¿A quién se le ocurre, dirá para sus adentros, elegir un paraje público, destinado á la distraccion y al recreo, donde discurren alegres y bulliciosos miles de seres que de nada se quejan, para buscar cadáveres vivientes, víctimas inmoladas en el ara de una enfermedad precisa?

Sin embargo, los encontraremos.

Esta duda me recuerda otra análoga que yo tuve, cuando, siendo pequeño, escuché de un catedrático distinguido del Instituto del Noviciado, hoy amigo, con cuyo aprecio mucho me honro, el sabio naturalista D. Manuel M. José de Galdo, las siguientes palabras que dirigía á sus discípulos:

«Señores, al ver el semblante de muchos discípulos, les he pronosticado en mi interior una muerte prematura por la tisis, y rara vez me he equivocado.»

Nada práctico entónces en estos vaticinios, dudé de sus palabras; pero hoy, que, sin creerme mucho, lo soy algo más, comprendo toda la triste filosofía y dura verdad que encerraban semejantes predicciones.

Estamos, pues, en el paseo de la Castellana; comencemos... pero nó, bueno es que ántes tomemos asiento; los grupos de gente se suceden en continuo movimiento como las olas, y así podremos examinar más y gozar de mejores comodidades; que siempre son buenas estas, según los antiguos dogmáticos, cuando el espíritu ha de ocuparse en trabajos de observacion.

XI.

Comenzamos bien, mirad.

La gente se repliega á un lado para abrir plaza á una larga procesion de niñas, que van formadas en parejas, con aseados vestidos de idéntico percal y mantillitas blancas.

Fijaos bien miéntas pasan.

Las más pequeñas forman las primeras, y despues, insensiblemente, van apareciendo las de mayor edad y estatura.

¡Cuántas son! Exceden de doscientas, y todas se encuentran entre la infancia y la edad núbil; ninguna bajará de seis años, ninguna excederá tampoco de diez y nueve.

Ya sabeis lo que representa esta larga procesion. Son las niñas del Colegio de la Paz, institucion benéfica fundada en 1579 por la muy noble doña Ana Fernandez de Córdoba, duquesa de Feria, para recibir las niñas procedentes de la Inclusa.

A tenor de este asilo existen otros más en Madrid, alimentados por la sacrosanta llama de la CARIDAD, sostenidos unos por el municipio, y otros por la filantropía y el celo de damas virtuosas.

Digno de admiracion y respeto es el pueblo cuyos hijos se complacen en prodigar el bien, ten-

diendo una mano cariñosa, y acogiendo en asilos de piedad á los huérfanos y desvalidos agobiados por la soledad y la miseria.

Celebremos, como se merecen, estas benéficas instituciones, y desde el fondo de nuestro corazon tributemos eternas alabanzas á sus fundadores y á cuantas personas procuran su conservacion y fomento.

Pero... ¿habeis observado bien estas criaturas?

¡Qué semblantes más desfigurados presentan casi todas! Paliditos, linfáticos, de ojos enfermos, labios abultados y feos por erisipelas repetidas; todas revelan un escrofulismo marcado.

¿Por qué sufren tan execrable salud estas niñas? ¿Por qué marchita sus tiernos semblantes y afea sus agraciadas facciones el sello repugnante de la escrófula?

Os lo voy á decir, pues hoy ya no admite duda su origen: pero aproximaos bien, que lo diré en voz baja, para que no lo oiga quien pudiera ofenderse.

«Siendo la escrófula la protesta que lanza el organismo contra una miseria exterior, que engendra á su vez una miseria interna (1), se desprende fatalmente que no viven en las buenas condiciones que reclama una perfecta higiene, y que con tantos motivos y tan poderosos todos, debía concedérseles.

¡Infelices! Son viajeras que marchan en tren directo á la tisis; muchas doblarán su cabeza en los primeros años de su juventud (2); las demas serán hospitales ambulantes, que vivirán siempre aquejadas por incorregibles padecimientos.

Se casarán estas últimas, si así quereis, pero el fruto de sus entrañas, desenvuelto en un organismo pobre, será como el fruto que brota de un árbol carcomido; es decir, malo.

Hé aquí un asunto del cual debían ocuparse los gobiernos con más interes que lo hacen.

¿Qué importa que esas asociaciones benéficas, patronas de sus establecimientos, pretendan mostrarse celosas del bienestar de los acogidos? ¿Qué importa que la prensa de vez en cuando levante su voz para elogiar la buena organizacion y estado de todos los asilos? Contra estas predicaciones y apariencias se levanta el aspecto miserable y enfermizo de los acogidos que revelan les falta buena alimentacion, educacion apropiada, higiene conveniente en sus domicilios y cuanto es necesario, no ya para corregir malas organizaciones, sino tambien para prevenir que las buenas se contagien y degeneren.

No olvidamos la procedencia de la mayoría de estos seres; todos desheredados de la fortuna, hijos del crimen unos, del pauperismo los más, llevan

(1) Pidoux. *Etude sur la tisis*. Obra premiada por la Academia de medicina de Paris.

(2) De 272 acogidas que había en 1868, fallecieron en dicho año 47. La proporcion es espantosa. Anuario de Madrid de dicho año.

vinculados en sus propios cuerpos los estragos de la miseria y el raquitismo. Sin embargo, esto los hace acreedores á más exquisitos cuidados; y ya que la administracion pública los acoge bajo su proteccion, lo cual constituye uno de los sentimientos más puros de los pueblos civilizados, deber suyo es procurar por todos los medios posibles su perfecto desarrollo y saneamiento.

Cierto es que los deberes de las corporaciones, como los de los individuos, tienen siempre un término razonado, que es el que le señalan la posibilidad de sus esfuerzos y los recursos de que disponen. Pero, en loor á la verdad, creemos que no se agotan convenientemente en beneficio de estos desheredados todos los que existen.

Consiste esto en que, sin embargo de comprender bien la caridad, nos gusta practicarla á medias.

Las que se horroricen de esta dicción, concluirán por aseverar nuestras afirmaciones si nos honran siguiéndonos un poco más.

Háganlo así, se lo suplicamos, porque el asunto envuelve una importancia grandísima.

XII.

Nadie negará, porque fuera una locura hacerlo, que el siglo actual es, con relacion á los que le han precedido, el de las luces, de los maravillosos adelantos en las ciencias, de la democrática confraternidad entre los hombres, de las nobles instituciones sociales..., etc.; pero en medio de tanto progreso bueno, encierra en su vertiginosa vida ó en su caótica variacion, un carácter de impermanencia y delirio tan notable, que en nada se asemeja á los anteriores siglos.

La época es, sin duda alguna de transicion y lucha social; pero aun cuando ésta justifique bastante sus delirios, es lo cierto que léjos de corresponder siempre en la práctica á las humanitarias y luminosas concepciones de una esplendente civilizacion, parece que, pervertidos muchas veces nuestros sentimientos naturales por un refinado progreso, queremos corregir el órden lógico de las cosas, ocupando nuestros esfuerzos y nuestros intereses en ridículas empresas, con grave menosprecio y abandono de otras verdaderamente útiles.

En este torbellino de la civilizacion moderna en que la vida participa de infinitos embates, y cada minuto supone un brioso pensamiento en el gran cerebro de la humanidad, un nuevo empuje en el vehículo del adelanto, y una empresa más en la inquieta actividad humana, vemos, por ejemplo, á grandes centros preocuparse seriamente por el mejoramiento y seleccion de las especies inferiores, sin fijar mientes en que la humanidad decrece y se destruye por su propia miseria y abandono.

Ahí tenemos á Inglaterra: esta nacion que pre-

tende empuñar el estandarte del progreso, levanta indignada su voz para impedir que la ciencia sorprenda en las palpitantes páginas de los animales los misterios de la vida, y crea asociaciones protectoras de las especies brutas, que se conmueven con sus padecimientos, pero que en cambio autorizan el espectáculo feroz de los boxadores, sólo comparable á los antiguos circos de los pueblos bárbaros, y dejan al proletario sumido en su miseria y su abandono.

Recientemente en el Jardin de Plantas de Paris se ha puesto á disposicion de los reptiles un verdadero palacio, que acumula todo género de comodidades dentro de cuatro soberbias salas, mantenidas á una temperatura de 25 á 30 grados, y donde crecen palmeras, plantas acuáticas, etc.

Tan lujosa habitacion, dice á este propósito un sabio crítico, no puede ménos de llevar el contentamiento á las culebras, caimanes, tortugas y otros muchos reptiles, cuyas honradas fisonomías no cesan de revelar la satisfaccion más completa.

Laudatoria y todo lo que se quiera sería esta creacion si el Dr. Brochar, sabio y médico higienista de Lyon, que se ha dedicado con especialidad á los niños, no dijese que:

«Mientras en el Jardin de Plantas de Paris se gastan desde 1871 *doscientos mil francos* para dar á las serpientes y demas animales una habitacion *confortable*, conservándoles su salud, y se hace una inauguracion solemne para celebrar esta era feliz de la vida de los reptiles, en uno de los más ricos departamentos de Francia, sin ceremonia oficial, se economizan *doscientos mil francos* en el servicio de niños asistidos.»

«Así se comprende, añade, que estos desgraciados séres, que no tienen, como las culebras, habitaciones *confortables* ni alimentos convenientes, sufran una mortandad de un 50 por 100.»

El hecho es evidente, y lógicamente se ocurre que, ya que un sentimiento tan puro como la caridad ha creado los asilos de beneficencia, ¿por qué no se los atiende y cuida con el esmero que requiere el sublime destino de su institucion? ¿Por qué, en vez de malversar fondos públicos en mil y mil empresas, muchas veces estériles y en ocasiones perjudiciales, no se los destina al bienestar y perfecto desarrollo de esos infelices que, no por haber nacido en la tenebrosa cuna de la miseria, carecen de iguales derechos que los demas á los bienes de la tierra?

XIII.

Efectos análogos, y por causas tambien análogas, se observan en muchos de los desdichados que militan bajo la haraposa bandera del proletarismo.

Estas víctimas de la miseria, cuyos penosos rigo-

res no cesan de lamentar, viven predispuestas á todas las enfermedades que radican de un empobrecimiento de la sangre, y, por consiguiente, también envían huestes respetables al campo de la tisis.

Échese, en prueba de ello, una mirada sobre esos barrios extremos de la población, en donde abundan las apretadas celdas de los miserables, y véanse las condiciones bajo cuya influencia viven.

Habitaciones pequeñas, oscuras, infectas, donde la falta de luz entristece constantemente, donde la insuficiente renovación del aire oprime el pecho como angustiada pesadilla, donde el calor abrasa en verano y el frío entumece durante el invierno.

Allí se anidan multitud de seres corroidos por el despecho, abatidos por su indigencia, sucios, á veces también viciosos, viviendo aglomerados... etc.

Si observais los mayores, los hallareis enfermos; si os fijais en los pequeños, os moverán á compasión.

Los consejos que de este estado se desprenden, todo el mundo los conoce.

Varias veces se ha pensado en edificar barrios para la clase jornalera, pero nunca se ha realizado tan necesario adelanto.

Puede tanto el egoísmo, que allí donde comenzaron las construcciones para el indigente, concluyeron por levantarse elegantes palacios para las clases ricas.

En los días que escribimos este artículo se agita nuevamente tan vital asunto en Madrid, y para comenzar sus trabajos se ha nombrado una comisión, donde, dicho sea de paso, no figura un médico, como si para nada hiciesen falta las luces de la higiene (1).

Celebraremos que el pensamiento se realice, pero lo dudamos mucho.

El tiempo se encargará de confirmar ó deshacer nuestra duda (2).

XIV.

Mientras nos hemos entretenido con algunas de las numerosas reflexiones que sugieren las acogidas, han paseado por delante de nosotros multitud de personas que también llevaban en su cara el sello de la tisis.

Esperemos, sin embargo, que no fardarán en presentarse otras.

Ahí las tenemos: ved ese grupo de elegantes y apuestos jóvenes.

Todas creereis que están buenos; también ellos,

(1) Digamos en nota aparte, que el criterio que tenemos en España para nombrar comisiones es verdaderamente escandaloso. Inconsecuencias de esta naturaleza se presentan casi siempre; por eso, sin duda, todas las cosas nos salen mal.

(2) Han transcurrido seis meses desde entonces hasta hoy en que ve la luz pública este trabajo y ¡nada se ha hecho! ni se hará.

probablemente, no acusarán ningún malestar; pero si los examinamos con el ojo del médico práctico, que descubre en las constituciones una enfermedad ulterior, y sobre todo con el profundo estudio del experto fisiologista que lee en los detalles de la cara multitud de vicios y pasiones privadas, separaremos de entre ellos algunos tributarios de la tisis.

También son viajeros que tienen por punto de llegada esta enfermedad; pero, así como los anteriores viajan entre las molestias de tercera clase, a estos podemos decir que representan viajeros de primera.

Fijémonos en los detalles físicos de algunos.

Secos y estirados de cuerpo, descarnado semblante sobre cuya pálida tez colorea leve carmin sus mejillas, lívidas órbitas, orejas transparentes y desprendidas, *pupila dilatada*, nariz afilada, labios cínicos, cuello alto y delgado, voz enronquecida, etc., etc., revelan á las claras una vida de crápula y placeres, un abuso prematuro de la Vé-nus y el vicio (1).

Sin ellos sentirlo, su delicada constitución comienza á resentirse de sus mortíferos hábitos. Tienen el pecho estrecho, las manos ardorosas, el aliento breve y anheloso... ¡ah! no nos equivocamos; perecerán pronto si no se corrigen.

Hijos de familias descuidadas y de opulentos padres, han carecido de un freno que contuviese las malas inclinaciones, que con facilidad se sienten cuando todavía no hay bastante criterio para conocer sus peligros, y se han dejado contaminar de tal modo por el vicio, que sólo miran la vida como una sucesión de ratos de ocio que conviene consumir entre placeres.

No conocen la virtud; miran con desden el trabajo, y sólo piensan en bacanales que enferman su salud, en noches de devaneo que obstupecen sus inteligencias, y en juegos calenturientos que refinan los delirios de su imaginación.

La orgía, donde los manjares satisfacen la gula, y los licores pasan de chispeantes copas de cristal á calentar los cerebros; los templos de la galantería, donde los voluptuosos estros de impuras sacerdotisas remueven la ardiente lava de los deseos, abrasan los labios con el chasquido de sus apretados ósculos y aniquilan el cuerpo con el consumo de sus goces; los concurridos tugurios, donde sobre numerados tapetes fascina la vista y sacude la avaricia el reflejo y el retintín del oro; el baile, con su atmósfera caliginosa y sensual, sus libres coloquios..., etc., etc., hé aquí los diferentes tonos de la escala que recorren durante el día.

Se retiran por las mañanas enervados, y sólo des-

(1) Excusado es decir que este estado pueden acarrearle otras numerosas causas, pero principalmente la dicha.

cansan para recuperar fuerzas y continuar la vida de siempre.

Ávidos de placeres, sólo ven flores en su derredor, cuyos colores les atraen, cuyo aroma les embriaga, cuya sávia aspiran y saborean sin reflexion alguna; pero... entre estas flores se oculta un veneno que se infiltra insensiblemente, letal ponzoña que consume poco á poco el cuerpo, aniquila paulatinamente el espíritu, seca el corazon y embota la inteligencia, hasta que concluye lanzándolo todo en el abismo de la muerte.

ESE VENENO QUE TAN ASTUTO Y ALEVOSO SE OCULTA ENTRE LAS FLORES ES LA TÍISIS.

No sin motivos desmenuzamos esta *causa*.

Involuntariamente recuerda en este momento mi memoria algunos compañeros de la infancia, que en el breve espacio de unos cuantos años han hundido su frente en el polvo de los cementerios sólo por esta enfermedad.

Y recuerda asimismo muchos, todavía vivientes, pero que permanecen engolfados en esa vida crapulosa y corrompida, abyecta y miserable.

Corazones vírgenes en algun tiempo, de tiernos sentimientos en su principio, hoy sólo cosechan un excepticismo social y amargos desengaños.

Tanto unos como otros tienen una historia muy pequeña.

Se sintieron atraídos por el vicio; algunos comenzaron libando la copa del placer; después, solos, abandonados á su intemperancia, desatendidos de sus padres, mal aconsejados de muchos amigos, han caído completamente entre el fango de pasiones desenfrenadas y lúbricos pasatiempos.

Primero desconocen el abismo que les rodea; después carecen de fuerzas para separarse de él.

Comienzan á sentirse malos, nublan ya temores sus ratos de expansion, todavía es tiempo y algunos logran retirarse; pero otros, en cambio, fuertemente aprisionados por seductoras mallas, se limitan á propósitos de enmienda.

Trascurre algo más de tiempo, siéntense peor, ya oyen consejos por todas partes; sin embargo, aún es posible una semana más. ¿Qué influencia pueden ejercer unos cuantos días más de vida licenciosa?

Y así poco á poco, día por día, se va elaborando lenta, pero segura, una enfermedad grave, hasta que cualquier día, tal vez el más inesperado, en ocasiones cuando los labios reciben el licor de los placeres, siéntese un pequeño golpe de tos, la boca acusa un sabor extraño, se escupe y... ¡horror! aparece la mancha de sangre.

Sólo entonces se llama al médico, se le piden remedios y se atienden sus consejos; pero ¡ya todo es inútil para atajar su marcha! Tanto valdría querer apagar la combustion de un saco de dinamita sobre el cual se hubiese arrojado una chispa de fuego.

Algunos son atroces; ni aún esto les detiene.

Poco há murió un amigo nuestro, cuya historia fué la misma que acabamos de presentar.

Jóven y hermoso, largos meses hacía que se agitaba en los sinsabores de una horrible agonía, sin que nada lograra arrancarle de su torpe existencia.

En los últimos carnavales viéronle algunos amigos en un baile, aniquilado, cadavérico, sudoroso; carecía hasta de fuerzas para andar.

—¿Por qué no te quedas en casa?—le preguntaron.

—Yo sé que muero,—respondió,—y quiero vivir gozando hasta el último momento.

No se equivocaba; poco después, en la próxima primavera, abatía su cabeza el frío soplo de la muerte.

XV.

Vamos ya finalizando, porque el artículo se prolonga mucho.

Desde que comenzamos nuestro exámen, la vista se viene recreando con grupos de jóvenes señoritas, verdaderos ramilletes de gayas rosas que pasan sin cesar, deslizándose alegres como tiernos pajarrillos, ligeras como fugaces pensamientos, flexibles y esbeltas como tallos de doradas espigas ondulados por suave viente-cillo, bellas y puras como sonrisa de ángel.

¡Cuán dignas son de cariño! Su alegre presencia, su gentil donaire y sus contorneadas formas regocijan el corazon y disipan las nubes de tristeza que sombrean el alma.

¡Pobrecitas! Así como un delicado copo de nieve se deshace con un rudo contacto, así muchas de ellas, tiernas, amorosas y de constitucion tambien delicada, perecerán sin poder resistir las duras pruebas de esta vida.

Es imposible mirarlas sin temer por ellas. ¿Y sabéis por qué? Pues es porque muchas irán á sepultar sus bellas ilusiones en la tierra ántes de pocos años.

Tenedlo presente; si es peligroso para el hombre el tránsito de la niñez á la nubilidad, lo es muchísimo más en la mujer.

Verificase en este período de su vida una revolucion profunda, radical, en la que el más pequeño desórden puede provocar una enfermedad grave.

Un órgano hasta entonces dormido, al parecer indiferente, la matriz, sacude su letargo, despliega su potente inervacion y envuelve á la mujer toda en su esfera de actividad.

Si el cuerpo, asaz delicado, no está dispuesto á sufrir esta honda perturbacion, las consecuencias pueden ser, y lo son, muy funestas.

De aquí la necesidad de cuidar mucho, muchísimo, del desarrollo físico de los primeros años, y de seguir por tanto una educacion subordinada á esta mira.

Pasada la evolucion de la infancia, queda la joven sometida á los inconvenientes y peligros de sus exaltados sentimientos, de su vida retirada, de su inercia, de sus abusos solitarios, de las tristezas prolongadas, de sus vehementes pasiones, de sus ofuscaciones y delirios provocados por la lectura, los espectáculos, los galanteos, los malos consejos de amigos...; etc., etc., etc.

Todo, mal dirigido, es clave fundamental de estados graves, que unas veces terminan en la tisis, y muchas en las enfermedades del corazon.

No olvidemos, respecto á este último padecimiento, que la expresion simbólica de los apasionadamente enamorados puede convertirse muchas veces en una triste verdad.

XVI.

Basta ya de *causas*; que aún cuando son muchas las que quedan por exponer, su conocimiento incumbe sólo á los profesores de la ciencia.

Lo que sobre ellas conviene y debe saber el comun de las gentes, lo hemos expuesto, aunque con demasiada superficialidad.

Fáltame, sin embargo, para concluir, dar un consejo á las madres.

Desconfien siempre que vean á sus hijos pálidos, de cuello alto, pecho angosto y precoz inteligencia.

Si quieren conservarlos buenos, si quieren hacer de ellos robustas plantas que desafien y resistan los rigores de esta vida, prevengan con anticipacion las enfermedades, procurando que su desarrollo corporal sea completo.

Más tarde, cuando el bozo sombrea los labios del púber, y la imaginacion de la joven florece con exuberante vida, la prudencia impone cierta vigilancia, que no es preciso detallar.

El cuidado de la madre, cuyo inmenso cariño para con sus hijos debe hacerla velar incesantemente por la salud de ellos, podrá sorprender causas de multitud de padecimientos, fáciles de corregir siempre en su principio.

Cuiden bien de conocer sus costumbres, sus ocupaciones, los medios de distraccion; procuren siempre, por medios indirectos, conocer su estado moral, y vivan seguras de que con esta activa vigilancia podrán conjurar mil peligros y salvarles de abismos donde muchos se precipitan para salir cadáveres.

Yo no olvidaré nunca el espectáculo cruel de una madre que, golpeándose furiosa y desesperada ante el cadáver de su hijo, se decía con acento de amarga reconvencion.

—¡Si yo hubiese velado por mi hijo como debía, no sería ahora un cuerpo frio!

Y decía la verdad.

DR. ANGEL PULIDO.

BENITO ESPINOSA.

NOVELA.

VIII. *

EL CABALISTA.



Era casi de noche; Baruch y Miriam, sentados el uno al lado del otro, escuchaban una historia maravillosa que les contaba la vieja Chaje. «He oido esta historia á la misma negra Gudula, criada del piadoso rabino Isaac Aboab. Sabed, pues, que nuestra criada del sábado, la vieja Elsje, ha muerto esta noche de un modo afrentoso. La hija del rabino, Sarah, que era una niña preciosa, se ha vuelto desde hace un año de un color negro como el carbon, y no se la oía más que dar gritos. Al mismo tiempo tenía las manos en constante agitacion, como si sufriera convulsiones. Todos decían que había entrado en ella un demonio y que no tenía curacion. El rabino Isaac ha llorado y suplicado hasta enternecer las piedras. Ayer por la tarde ha hecho que cuatro hombres llevasen á su hija á la sinagoga, se ha encerrado allí con ella y ha prohibido que abriese nadie las puertas ó las ventanas. Ha reunido los libros santos al lado de la silla de Sarah, luégo ha tomado una espada de combate, la ha blandido nueve veces alrededor de la cabeza de Sarah, ha puesto un pergamino lleno de signos sagrados en el vientre á su hija y ha colocado la espada á su izquierda. Despues ha abierto el arca santa, ha cogido el Pentateuco con la mano izquierda y con la otra ha abierto una ventana. En seguida ha puesto el Pentateuco sobre la mesa, alumbrado por seis bujías negras, se ha arrodillado y ha invocado el nombre de Dios y de todos los ángeles. Por último, ha cogido el Schophar y ha soplado tan fuerte que parecía anunciar la llegada del Mesías. Apénas ha comenzado á tocar, han llamado á la puerta con tal fuerza que parecía que llamaban con sus alabardas cien alabarderos.

—Abrid, abrid, os lo ruego,—decía una voz que infundía lástima; —abrid, sed humanos, que me muero; abrid, soy yo, es Elsje.

Nadie se ha atrevido á abrir. Ha seguido el rabino Aboab orando é invocando á Dios y á todos los ángeles hasta perder la voz, logrando que Sara se tranquilizara y arrojase por la oreja derecha un licor negro como tinta.

—¡Alabado sea Dios!—dijo el rabino Aboab,—mi hija se ha salvado. La condujo á la cama, y se ha levantado esta mañana tan bella y tan sana como ántes; nada sabe de cuanto ha pasado; se imagina que ha estado dormida mucho tiempo. La vieja

(*) Veáanse los números 96 y 97, paginas 314 y 329.

Elsje ha llegado á la media noche á casa, pero al poco rato ha caído redonda; ha quedado muerta. Podeis creer cuanto os digo; la hermana de la negra Gudula, que me lo ha contado, ha visto por el agujero de la cerradura todo lo que hacía el rabino. Pero decidme, hijos míos, ¿quién hubiera sido capaz de creer que la vieja Elsje era una de esas malditas brujas? ¿Quién sabe cuántos niños habrá matado; me da miedo estar sola dos minutos en la cocina; se me figura que va á salir la vieja Elsje debajo de la chimenea en forma de un gato negro!

De repente se oyó un gran estrépito en la parte superior de la casa; sonaron gemidos y lamentaciones, y la vieja gritó: «Schema Israel.» Miriam, toda asustada, se cogió á su hermano; los tres guardaron silencio y se pusieron á escuchar el ruido.

—Vamos,—dijo Baruch,—encended luz; es preciso ir á ver lo que ha sucedido. Chaje encendió la linterna con mano temblorosa y obligó á Baruch á que cogiese su amuleto para que pudiese dominar todos los espíritus malos. Miriam, por no quedarse sola, les acompañó. Aun el mismo Baruch no pudo dominar cierto terror instintivo al subir la escalera. Cuando llegaron al granero, vieron caído en el suelo un armario, que hacía tiempo no tenía más que tres piés.

—Ahí tienes el espíritu,—dijo Baruch riéndose; y al mismo tiempo salió de detrás del armario un gato negro. Por nuestros pecados,—gritó Chaje,—es Elsje; y del susto dejó caer la linterna, quedando los tres á oscuras. Chaje y Miriam se apresuraban á salir y se cogieron á Baruch, bajando los tres la escalera con dificultades y tropezones.

Baruch sólo vió en este suceso lo que realmente había; pero el exorcismo enigmático del rabino Aboab le decidió á trabajar para enterarse de la doctrina oculta. Quizá contenía la cábala, de la cual se hablaba siempre enigmáticamente y con gran admiración, la solución de todos los problemas y dudas, constituyendo sus iniciados una comunidad de sabios.

Al día siguiente á medio día fué á ver á Aboab, que le recibió cordialmente. Cuando Baruch le expresó su deseo, le dijo que era imposible.

—¿No sabes, añadió, que el rabino Ben Adeseth ha prohibido, bajo pena de excomunion, iniciar á nadie en la cábala ántes de que el iniciado tenga veinticinco años?

Baruch insistió. «¿Ignoras acaso, volvió á repetir Aboab, que si al estudiar la cábala, tienes la más mínima intención mundana, expones á un peligro indecible tu propia vida y la de todos los tuyos? ¿Te atreves á correr tal riesgo? ¿Lo deseas?»

—Lo deseo, respondió Baruch con un tono firme.

Sin añadir una palabra más, cogió el rabino la mano del jóven y examinó atentamente sus líneas;

después le echó el sombrero hácia atrás, y contempló algunos momentos su fisonomía. Volvió á pretender disuadir por todos los medios á Baruch; pero éste insistió en su propósito. «Pues que te empeñas, sea, dijo el rabino; te guiaré para que no te extravíes. Dios me dirigirá por el camino de la verdad. Ven á buscarme esta tarde al anochecer.»

Elasar Mercinon, guardian de la sinagoga, no pudo disimular la extrañeza que le produjo ver al rabino llegar con el jóven al baño de purificación. «La paz sea con vos, rabino Baruch», dijo cada vez más excitado en su curiosidad. El rabino le prohibió hablase á nadie de la presencia de Baruch allí, y le mandó que se marchara, porque no le necesitaba. Cogió la llave y la linterna, y abrió él mismo la torre misteriosa. La pálida luz de la linterna iluminó imperfectamente los muros ennegrecidos y los bancos de madera, colocados alrededor; en el centro había una especie de agujero tapado, en forma de pozo: era el baño. Murmuró el rabino por lo bajo una oración, y se desnudó, observando fielmente las prescripciones del «Libro del pudor». Sin despojarse del todo de sus vestidos, cogió la linterna y bajó rápidamente las treinta escaleras de piedra que había para llegar al nivel del agua: «De las profundidades del abismo clamo al Señor; me oye de lejos el Señor mi Dios», gritó con toda su fuerza; y su voz resonó lúgubrementemente en aquel estrecho recinto. Después se echó al agua. Baruch, siguiendo las instrucciones recibidas, se colocó á la orilla y gritaba «Puro» siempre que veía aparecer la cabeza del rabino, lo cual aconteció nueve veces. Cuando salió el rabino, entregó á Baruch un libro para que leyera una oración; se corría peligro de muerte pronunciando con los labios los nombres de los ángeles allí escritos; era indispensable nombrarlos sólo mentalmente. Baruch tembló cuando le correspondió bajar á aquel oscuro precipicio; pero se rehizo y se arrojó resueltamente al agua: el rabino hizo lo mismo que él había hecho ántes, nombrando nueve veces la palabra purificación á la boca del pozo.

Abandonaron el baño sin decir una palabra. Cuando estuvieron en la calle, el rabino dijo la oración prescrita: «Te doy gracias, Rey vivo y eterno, por haberme concedido el favor de volverme mi alma.» Baruch no se atrevió á pedir explicación de esta acción de gracias, debida á que, según la cábala, no muere en todo el año aquel que en la noche de los signos (27 Setiembre) ve su sombra entera á la luz de la luna. En una de estas noches el rabino Isaac Loria había visto su sombra sin cabeza, y murió el último día del año. El rabino Aboab comió alegremente con Baruch, el cual no se atrevía á mirar á Sara, que les servía, por haber estado poseída del demonio. No hacía ella otro tanto, pues no dejaba

de dirigir tímidas miradas al joven pálido, cuya reputación era universal en la comunidad.

Concluida la comida, se fué con Baruch á su gabinete y abrió el Pentateuco por el capítulo de los Mandamientos. Baruch puso sobre él sus manos y pronunció las palabras siguientes:

—Yo te imploro, Dios omnipotente, Dios oculto, á tí, que has descubierto los secretos de tu Sér á Adán, Enoch, Abraham, Moisés, que nos los han transmitido. Que descienda á mí tu Espíritu-Santo; guíame para que no tropiece en el camino que quiero seguir, y si peco contra tus misterios, que caigan todos los terrores sobre mí, que mi lengua se seque, que mis entrañas se paralicen, que la luz de mis ojos se extinga, que mi aliento se vuelva venenoso y mate á los que amo, que la yerba crezca ante la casa abandonada de mi padre, y; por último, que despues de perderme aquí abajo, sufra también todos los tormentos en la eternidad. Guíame, oh Dios, para que descanse á la sombra de tus alas. Amén, amén.

Tembló al pronunciar estas palabras; le parecía oír una voz interior que le gritaba:—«Desgraciado, has sido sacrilego al penetrar aquí, vuélvete atrás.» Pero no era ya tiempo. Sentados á una mesa, comenzó la enseñanza. Explicó el rabino la razón mística de comenzar con la letra B la Escritura y toda la doctrina secreta de la Biblia mediante una interpretación misteriosa. Al dar las doce, el rabino se levantó, se descalzó, se echó ceniza en la cabeza y se sentó cerca de la puerta. Se cubrió el rostro y dijo la confesión alfabética de los pecados; con un tono suplicante dijo el salmo cxxxvii: «Nos hemos sentado cerca de los ríos de Babilonia y hemos llorado acordándonos de Sion. Si te olvidó, Jerusalen, que me olviden también. Que mi lengua se pegue al paladar si no me acuerdo de tí, si no coloco á Jerusalen sobre la cabeza de mis enemigos.» Recitó las Lamentaciones de Jeremías, despues se levantó diciendo: «Sal del polvo; levántate, Jerusalen cautiva; sacude tus hierros, hija cautiva de Sion» (Isaías, lii, 2). Baruch repitió lo hecho y dicho por su maestro; pero sin comprender el sentido oculto de las palabras, de las entonaciones y de los gestos. Se volvieron á calzar y siguieron estudiando hasta el amanecer, haciendo otro tanto varias semanas durante la noche del jueves al viernes.

Aunque Baruch llegó á conocer el libro de los «Secretos de Dios» y el de «La Creación» y los nombres y atributos de todos los ángeles y aún las fórmulas para hacerles serviciales á los hombres, seguía siempre preocupado con el «misterio de los misterios.» Enseña la cábala que toda la vida física y psíquica es una imagen del arquetipo celeste, y que la cadena de los seres y de las actividades llega hasta Dios, representando la escala que vió en sue-

ños Jacob, por la cual suben y bajan las fuerzas de la naturaleza creada, en figura de ángeles. La escala de las esencias descansa en la tierra y sube hasta el cielo, donde se encuentra la Jerusalen celeste y el templo modelo del templo terrestre. La cábala calcula el valor numérico de las letras que componen la palabra *rouagh* (alma), y enseña que su suma es igual á la de los distintos nombres que expresan Dios en hebreo, de igual modo que el alma es una parte de Dios. La suma numérica de la palabra Mesías es idéntica á la de la palabra serpiente, lo cual significa que, si bajo la figura de serpiente ha seducido Satan á Eva, el Mesías destruirá un día la cabeza de la serpiente y acabará en la tierra con el mal y con el pecado. El objeto de la creación es la ley; el mundo ha sido creado para la revelación; porque se lee en Jeremías, xxxiii, 25, dividiendo las palabras de un modo particular: «Así, dijo el Señor, si no existiera mi alianza, no hubiera dado leyes al día y á la noche, al cielo y á la tierra.»

Creyendo Baruch que todo esto era símbolos y que llegaría alguna vez á lo esencial, descubrió con dolor que esta exterioridad era la parte constitutiva de la cábala, y que, al no ser suficientes las leyes generales para resolver el enigma del destino social é individual, recurre la interpretación á la hipótesis absurda de la emigración de las almas y del imperio de los demonios, que producen la injusticia y la anarquía en la naturaleza y sus leyes.

El rabino se complacía en enseñar á su celoso discípulo, y le advertía que, para penetrar en las verdaderas profundidades de la cábala, se necesitaba renunciar á los deseos de la carne, que son la inspiración de Satan. «El día sexto, decía á Baruch, fué creada la mujer y con ella todas las inclinaciones malas y sensuales; por lo cual enseñan los doctores de la ley que debe el hombre casarse al cumplir tres veces seis años, edad á la que habeis llegado.» No dudamos que las aspiraciones del rabino eran supraterráneas, pero esto no le impedía pensar en un matrimonio entre su hija Sara y Baruch. El discípulo de la cábala no se apercibió de ello, ni aún el día que el rabino le dejó deliberadamente solo con la bella Sara.

Más de una vez había deseado Baruch leer un libro de la biblioteca de su maestro Nigrítius, pero se lo había impedido un secreto temor. Y se decía siempre: ¿Por qué ha de existir, en el campo libre de la ciencia, un árbol de ricos y succulentos frutos que yo no he de poder gustar? Baruch se atrevió y leyó el Nuevo Testamento. Temblaban sus manos al coger este libro, por el poder del hábito, que le hacía considerar esta lectura como una apostasía, y sin embargo insistió en ella. Era una nueva Biblia lo que leía, pero la leía con el libre juicio de un espíritu independiente.

No hizo caso de los milagros, á que ya estaba acostumbrado por la lectura del Talmud, y se fijó en aquello que le pareció más claro, en que no se dice en ninguna parte del Nuevo Testamento que Dios ha aparecido á Jesus y le ha hablado de palabra ó por signos, como en el Antiguo Testamento. Descubrió en ello una revelacion nueva y sublime; la de que Dios se había manifestado inmediatamente por el Cristo y sus apóstoles. No era una revelacion exterior como la que había recibido Moisés; era una manifestacion interior.

Simpatizaba el jóven Espinosa con la vida y doctrina del Crucificado, y por lo mismo que procedía de un centro hostil al cristianismo se consagró á estudiar imparcialmente esta doctrina, á cuya historia y conquistas de siglos y pueblos era extraño por completo.

Aunque Baruch seguía sus estudios de la cábala, se convenció de que las pálidas luces que descubría entre tanto simbolismo eran verdaderos fuegos fátuos; así es que deseaba abandonarlo, y así lo hizo al presentársele la favorable ocasion de marchar su maestro Aboab con una colonia de israelitas al Brasil. A los pocos dias fué Baruch á casa de Nigrítius; salió á su encuentro Gertrudis Ufensand, y le anunció que acababa de encontrar muerto al magister, al lado del cual ardía aún una lámpara, á cuya luz leía en sus últimas horas su libro favorito: *Cicero, De finibus bonorum et malorum*.

Así se vió Baruch privado á la vez de dos guías, y le parecía que esta pérdida era el castigo merecido al desden interior que había tenido por sus estimables lecciones. ¿Pero al hacer esto no había obedecido á su inclinacion natural?

¿No estaba destinado á ser como un primer hombre, libre de todo el peso del pasado y de la ciencia de los siglos para indagar la sabiduría en las profundidades de su propia vida y en el estudio de la naturaleza humana y sus leyes?

IX.

EL LUCIANISTA.

Sabía Baruch por experiencia que un nuevo modo de pensar no trasforma en seguida nuestra vida habitual. Así, aunque el dia de la reconciliacion en la sinagoga había rogado á Dios que le mandara la muerte ántes que llegase á ser el hijo del pecado ó de la impiedad, y aunque no dejaba de decir tres veces al dia las oraciones prescritas, siempre notaba en el silencio de la noche que sin ruido alguno é invisiblemente se le acercaba la duda y murmuraba á su oído: «¿Por qué te das golpes de pecho por pecados que no has cometido? ¿Has robado ó hecho algun crimen?» «Rezo, no sólo por mí,—con-

testaba,—sino por todo Israel, por la remision de los pecados de la humanidad.» «¿Crees poder expiar con palabras los crímenes que los demas han cometido?»—le replicaba la voz, logrando interrumpir sus oraciones.

Aun en la sinagoga despertaba de nuevo la tentacion, y le decia: «¿Sigues obedeciendo al sonido de la campana? ¿Cómo puedes pronunciar palabras que sus sufrimientos inspiraron á David y otros? ¿Necesita despertarse tu piedad con palabras extrañas?» Decidió desde entónces orar sólo con fórmulas; se abstuvo durante mucho tiempo, y, cuando quiso orar de nuevo, conoció que tan larga interrupcion le había separado de las relaciones con su Creador. «¿Qué necesidad hay de palabras? se dijo entónces; el pensamiento debe ser suficiente, si Dios todo lo sabe, si existe... ¡desgraciado de mí!» No podía ya orar. Donde más notó esta falta fué á la cabecera del lecho de su padre enfermo. «Cálmate, hijo mio,—le decia su padre,—confía en la bondad de Dios, que nos ayudará.» Ignoraba que tales palabras penetraban en el corazon de su hijo como un puñal de dos filos.

Simon de Silva, que desconfiaba de la suerte del enfermo, entró acompañado del cirujano Van den Eude, y los dos hablaron largo rato en latin del estado del paciente. Por muchos motivos llamaba especialmente á Baruch la atencion el médico extranjero, y sobre todo, por la facilidad con que hablaba el latin. Mejoró el enfermo y Van den Eude le visitaba casi diariamente, conversando con Baruch. No quedaron ocultos para la vista penetrante del médico los sufrimientos interiores del jóven, así como el vigor de su espíritu. El padre de Baruch accedió á los deseos de éste de terminar su instruccion clásica con la ayuda de Van den Eude.

Acompañó Baruch un dia á Van den Eude á su casa. A la entrada quedó encantado al oír los acordes de su órgano, acompañados con una voz juvenil. El médico hizo entrar á su discípulo en una sala y le dejó solo un momento. Estaban las paredes cubiertas de cuadros y adornada la habitacion con esculturas preciosas y con variados y caprichosos ramilletes de flores. Condujo despues el médico á su discípulo á otra habitacion, cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros anatómicos y de instrumentos de su profesion. Baruch examinaba todo con una curiosidad excesiva, y decia para sí: «Aquí existe otro mundo; hay posibilidad de ocupar la vida en algo más que en leer versículos de la Biblia, en buscar sus comentarios y en cumplir prácticas religiosas.»

Comenzaron las lecciones de latin, y el médico comprendió que, aunque atrasado, Baruch necesitaba un método especial. No fueron, sin embargo, muy rápidos sus progresos, porque con frecuencia

interrumpían sus lecciones con otros asuntos. Baruch tenía confianza en su maestro y le refirió inocentemente un día por qué serie de circunstancias había llegado á serle imposible la oración. No dejó de reír el médico á carcajada tendida, hasta que notó lo que desagradaba tal risa á su discípulo.

—Perdonadme,—dijo,—no me burlo de vos; me acuerdo de que en la casa de locos de Milan poseemos un ejemplar admirable de un Narciso, teólogo y filósofo, que rezaba sin cesar, diciendo: «Socórreme, San Cristóbal, y perdona mis pecados;» y cuando se le preguntaba dónde estaba el santo, decía: «Mirad, ¿no veis la aureola en mi frente? Arrodillaos y orad; soy San Cristóbal.» ¡Ah! ¿Cuál es el fin de la oración? ¿Influir acaso sobre Dios? Todo hombre medianamente culto declara que es un contrasentido creer que Dios se deja influir por nosotros; pero además, ¿no dice el proverbio: *ora et labora*? No os apesadumbreis, pues, de haberos emancipado; alegraos de ello; por mi parte, lo estoy también: hace más de veinte años que ni el pensamiento de la oración me ocurre. ¡Es una lástima que no se pueda convencer á la juventud para que no pierda sus mejores años en un fárrago inútil!

Aunque Baruch no supo por el pronto objetar á esta teoría, se hizo más cauto con él; estudiaba asiduamente los libros de historia natural y matemáticas que le prestó Van den Eude; le preguntaba sus dificultades, pero evitaba cuidadosamente exponerle de nuevo el estado de su alma. No obstante estas desconfianzas, logró el médico por medios afectuosos captarse de nuevo la confianza de su discípulo.

—En tiempos pasados,—le dijo un día,—era también yo presa de dudas y contrariedades como las que os atormentan, y sé cuánto domina el ascendiente del hábito; aunque me he emancipado, me hallo inclinado á veces á este espíritu exclusivo que os inspira la convicción de ser los únicos poseedores de la verdad. Estudiando yo una noche, mientras cursaba en la Universidad de Leyde, hasta que se acabó la luz, ocurrió á mi espíritu, con la rapidez del relámpago, la siguiente cuestión: ¿Qué ha venido á ser este poder de la luz? Ha devorado,—me dije,—el fuego su alimento y se ha perdido en él todo: ¿acontecerá lo mismo con nuestra alma? Mis profesores me convencieron entonces de la idea de que la vida es un fenómeno de combustión.

—¿Y cuál sería entonces nuestra ventaja sobre los animales?

—Yo no os afirmo que deba existir tal ventaja, aunque es indudable. Tenemos más abundancia que los animales de los elementos más sutiles, por lo cual obran en nosotros poderosamente las sustancias calificadas de impalpables: el sonido, el color, la palabra.

—¿Se limita nuestro destino á elaborar y digerir el mayor número de elementos posibles?

—Sin duda.

—Nunca os creí tan egoísta,—contestó Baruch.

—No lo soy,—replicó el médico;—sacrificaría de buen grado mi fortuna y mi vida al bien público, al Estado, pero no me dejaría cortar un cabello por la religión y la fe.

—Vuestros buenos deseos hácia la patria se reducen á proporcionar á todos medios para satisfacer sus necesidades materiales y sus pasiones.

—Quiero hablaros con el corazón en la mano,—dijo el médico, acercando su silla á la de Baruch mientras su fisonomía tomaba cierto aspecto de seriedad.—Es preciso que todos pasen la crisis en que estais vos ahora. A vuestra edad, también soñaba yo con las pretendidas facultades superiores ó espirituales de la humanidad, y era un buen católico. Corría la época de las discusiones religiosas, y he visto morir á muchos víctimas de la intolerancia. Entonces ví á la multitud acechar con ojos ávidos y acompañar con gritos de alegría el sacrificio de muchas y muy nobles personas. Vuestro Moisés fué un gran político, pero mi favorito es el que ha comprendido mejor la vida, el sabio Salomón. Él ha dicho en el *Eclesiastes*: «Abandonémonos á la alegría; nada es preferible en la tierra á comer y beber bien y estar contentos.»

—Luego los animales son los que mejor cumplen su destino, y entre ellos las más perfectas criaturas son los moluscos, que representan sólo un estómago.

—Os concederé que el animal puede ser dichoso también; pero el hombre es superior á él por un privilegio, porque *sabe reír*.

—Es singular; conformais en esto con el Talmud, que dice: «La risa es privilegio del hombre.»

En otra ocasión, el médico decía á su discípulo:

—Creedme, muchas veces he levantado el telón y sé muy bien la historia conyugal de esta pareja llamada materia y espíritu, bendecidos y casados mediante un acto religioso.

—Es bien particular que todos presuman tener una creencia completa. No deseo yo creencias; de tenerlas me hubiera quedado con mis rabinos y con mi Talmud; lo que quiero es ciencia, lo que deseo es certeza.

—No la hallareis más que en la materia.

—En mi sér, en el cual se encadenan sin interrupción las sensaciones, los sentimientos y las pasiones, me concibo como una unidad espiritual. ¿No prueba el suicidio, por abominable que sea, el imperio que el espíritu ejerce sobre el cuerpo, capaz de destruir á éste?

—Siempre el orgullo humano es el pecado original de todos,—replicó el médico.—El suicidio puede

ser también efecto de un instinto físico. Muchos animales se suicidan, y recuerdo de esto un ejemplo claro. Viajando por la Italia meridional, he visto las gentes distraerse cruelmente en arrojar un alacran en medio del fuego. Pretendiendo huir el pobre animal, se volvía y revolvía, y por todas partes encontraba un círculo de fuego; levantaba entonces la cabeza como para solicitar favor, pero sus verdugos se reían y nadie pensaba en salvarle del peligro. No viendo salida posible, levantaba el aguijón de la cola, se le clavaba en la cabeza y quedaba muerto. Decidme si este alacran era también una unidad espiritual é independiente.

Baruch iba á contestar afirmativamente, reconociendo así en todas las esferas de la naturaleza una libre actividad del espíritu; pero comprendió que la fuerza de su reflexion personal no podría vencer la riqueza de hechos y experiencias alegada por el médico. Aunque sin quedar convencido, Baruch se calló, y el médico creyó haber conquistado un nuevo prosélito, y le rogó que volviese el día siguiente por la tarde para enseñarle una ciencia que le llenaría de admiracion. Baruch acudió con exactitud á la cita. Van den Eude le acompañó á su gabinete de trabajo, echó el cerrojo por dentro, bajó las cortinas de las ventanas, y escuchó atentamente si había cerca algun vecino indiscreto.

—Supongo que no conoceréis la leyenda del prior de Santo Domingo en Tiel. Mientras leía un libro piadoso el prior, vino á visitarle el diablo, que para distraer al monje de su santa ocupacion, saltó encima de la mesa y se puso á hacerle muecas. Obligó el prior al espíritu maligno á que le tuviese la luz hasta que se acabara, concediéndole despues permiso para marcharse. Mirad bien; él es el que va á alumbrarnos,—y diciendo esto, puso la luz en un esqueleto que tenía en la habitacion,—mientras leamos el testamento del diablo. Hé aquí la llave. Mirad de cerca este esqueleto; es el del monje que tiene sobre sí el ser causa de la persecucion y muerte de muchos. Estaba predestinado á ser robado por mí despues de su muerte; he puesto mi vida en peligro al llevar á cabo esta empresa; constituye una historia admirable que os contaré otro día.

Subió sobre una silla, abrió con la llave la parte superior del cráneo, sacó un escrito, y dijo al bajar:

—Durante toda su vida no tuvo en la cabeza ideas más sensatas que las que yo le encargo que guarde. Juradme que no direis á nadie lo que habeis visto en mi casa, porque se me irrogarían grandes perjuicios.

—¿Cómo he de jurar?—dijo Baruch, decidido á no pronunciar un juramento tan terrible como el de la Cabala.

El médico interpretó de distinta manera su pregunta.

—Teneis razon,—contestó;—si pudiérais jurar, no podríais oír lo que voy á leeros. Tal como lo veis fué escrito en la cancillería del diablo; el libro es una herencia de un dominico; su autor es el emperador de Alemania Federico II; comprendereis fácilmente su titulo: *De tribus impostoribus*. Tiene veintinueve proposiciones. Sentaos, que voy á leer.

Baruch temblaba ante la impiedad y el frio análisis que le revelaba este escrito. Cuando oyó leer que Dios sigue siendo más incognoscible que ántes despues de la revelacion, le pareció que querían arrancar de su alma con pinzas de fuego la sustancia de toda conciencia religiosa.

—Amigo mio,—dijo el médico levantándose;—cuando conozcais mejor la vida, comprendereis que ha pasado el tiempo de las religiones. Penetrad en el gran santuario de la sabiduría antigua, y decidíos á gozar, á ser irónico y á guardar silencio...

—¡Horrible laberinto!—dijo Baruch para sí al marcharse, sintiendo un gran pesar en el fondo de su corazon;—pero es imprescindible, necesito encontrar una salida.

X.

BENEDICTUS SIT.

Embebida en regiones poéticas y dominada por la música, por la cual tenía especial predileccion, se hallaba Olimpia Van den Eude cantando, sentada al órgano, cuando entró á interrumpirla su padre, acompañado de Baruch.

—Sigues absorta en las celestes regiones de la música y del canto,—le dijo,—é ignoras lo que pasa aquí abajo, en este mundo tan poco armónico. Te presento al Sr. Espinosa, de quien te he hablado varias veces. Mi jóven discípulo, esta señorita es mi hija, el primer ayudante que tengo en mi santa mision de profesor; es necesario que os esforceis por serle simpático.

—Me ha hablado frecuentemente de usted mi padre,—dijo Olimpia,—y me alegro de ver cumplido mi deseo. Pero contra todo lo que he oido de usted, me he figurado que era de distinto modo que parece. Dígame usted, ya que es filósofo, ¿no será esta una prueba de que son inexactas nuestras ideas de las cosas y personas que existen más allá de nuestra esfera inmediata?

¿Quién era esta mujer que en las primeras frases proponía á Baruch la solucion de un problema y le saludaba ántes que nadie con el nombre de filósofo? No supo Baruch qué contestar, y bajó la vista al suelo, lleno de turbacion.

—Es mi hija un semi-filósofo, con quien podreis discutir,—dijo el médico.

—Me ha enviado hoy Oldenbourg una preciosa romanza,—dijo Olimpia á su padre.

Y despues, volviéndose á Baruch:

—¿Sois músico, Espinosa?

—Nó.

—Pero estoy segura de que cantareis los salmos; algun dia cantareis uno en hebreo para que lo oiga. ¿Se conservan todavía las melodías del rey David?

—Las conservamos más antiguas aún, porque la mayor parte de nuestros cantos religiosos procede, segun la tradicion, del monte Sinaí, y, aunque el texto se haya alterado algo, las melodías se han ido trasmitiendo de unos á otros.

—Eso es admirable; pero equivale á la pretension de que un arsenal dé una batalla sin soldados.

—Hablaba sólo del origen que se les atribuye de padres á hijos,—contestó Baruch.

—¿Qué bella tradicion!—continuó Olimpia:—de seguro que compondrían un grandioso acompañamiento el ruido del trueno y los sonidos de innumerables trompetas. Cantadme, os lo suplico, algo del Sinaí, si no estimais indignos de oirlo mis oidos cristianos.

Baruch se excusó, pretextando que no sabía cantar; pero de tal suerte insistió Olimpia, que no veía el jóven medio para salir de semejante apuro.

—Padeces fanatismo musical,—dijo Van den Eude;—espera al ménos que Espinosa te dé el diapason de su fe, y no pongas á los que no te conocen en trances terribles con tu carácter violento.

Suplicó Olimpia á Baruch que dispensara su vehemencia, y éste, sin oír apenas sus excusas, se despidió y marchó triste y preocupado, porque creía que Olimpia se había burlado de él y de todos los israelitas. Despues volvió á ver varias veces á Olimpia, cambió con ella algunas palabras indiferentes y no se preocupó más de su persona. Habría podido decir con Job: «Había formado pacto con mis ojos para no mirar ninguna vírgen.» Llegaba, sin embargo, la hora en que se fijaría en la mujer y oiría atentamente sus palabras. Tuvo que ausentarse el médico, y encargó á su hija que continuase la instruccion de Baruch.

Familiarizada con el mundo clásico, con inclinacion á las investigaciones de la ciencia, anhelaba ser Olimpia digna émula de su homónimo Olimpia Morata de Ferrara. Ni Tullia, la hija de Ciceron, contestaba las cartas que le dirigía su padre en latin más elegante que el usado por la hija del médico de Amsterdam. Baruch conservaba ante su nuevo maestro un aspecto reservado y frio, que molestaba á Olimpia. Paseaba ésta por la habitacion con aire pensativo al ver que su discípulo contestaba todas sus preguntas con cierto tono evasivo. Contemplaba Baruch su talle esbelto y su andar gracioso é imponente, y en vez de seguir con atencion las expediciones de Alejandro, procuraba leer en la fisonomía de Olimpia, cuya sintáxis, compuesta de mucha poesia y de una gran fuerza intelectual, le parecía

tan difícil de descifrar como los intrincados períodos del texto de Quinto-Curcio.

A veces, y sin abandonar sus mutuas desconfianzas, hablaban de asuntos extraños á la traduccion, de las leyes que rigen la historia y el destino de los hombres. Poco á poco fueron cobrando ambos aficion á las lecciones y conversaciones. Así, mientras que Baruch esperaba con ansiedad que llegase el momento de la leccion, poniéndose en camino ántes de la hora, era frecuente ver á Olimpia que le esperaba mirando desde la ventana para saludarle amistosamente al pasar por la calle.

Acababan de traducir un dia la frase atribuida á Alejandro: «Existen muchos mundos, y yo ¡desgraciado! no he conquistado todavía uno,» y se disponian á conversar sobre sus expediciones, cuando entró en la habitacion un hombre de alta talla y bello aspecto, y tomó con excesiva confianza la mano de Olimpia, llevándola á sus labios y diciendo:

—Me felicito de besar una mano que maneja con igual maestría el plectro y el buril de la historia y que ha guiado tantos talentos á los campos divinos del Atica y del Latium.

—Hubiera sido una lástima que no hubierais ingresado en la carrera diplomática,—replicó Olimpia.

Hablaron de asuntos generales y aún de los judíos. Varias veces se había propuesto Baruch despedirse de Olimpia, pero no había encontrado ocasion. Iba ya á despedirse, cuando Olimpia le dijo:

—No puede usted marcharse aún, señor Espinosa; tenemos que hablar de la leyenda de Alejandro Magno.

—Prefiero marcharme,—dijo Baruch.

Y miró de reojo al extranjero.

—¡Ah!—dijo éste levantándose;—mi amigo Gaspar Barlœus tenía razon; había tratado mucho á los judíos, y aunque les concedía talento, les imputaba una falta muy general á todos: la susceptibilidad. Puedo aseguraros que no he abrigado la menor intencion de ofenderos; si no os basta mi palabra, la señorita Olimpia os dirá cuáles son mis tendencias anti-cristianas en lo que se refiere á los judíos.

—Ciertamente,—replicó Olimpia,—es mia la culpa de esta mala inteligencia, porque he debido presentar el uno al otro. Ya conoceis al Sr. Espinosa, y vos reconoced á M. Oldenbourg, agregado de embajada. Ruego á usted que nos cuente la leyenda, ó creeré que es un desprecio.

Baruch se negaba, pero M. Oldenbourg dijo:

—Permítame usted que le dé un consejo. Figúrese usted que la señorita Olimpia reza diariamente: que mi voluntad se cumpla así en el cielo como en la tierra. Cuente usted, pues, su historia y resígnese.

Contó entónces Baruch la conocida leyenda de la llegada de Alejandro con su ejército á las puertas del Paraíso terrestre, y Oldenbourg refirió á su vez

las leyendas maravillosas con que ha revestido el genio poético de Alemania las expediciones de Alejandro.

Estas visitas se hicieron cada día más frecuentes en casa de Olimpia, la cual se alegraba de ver crecer la amistad entre Espinosa y Oldenbourg.

—Pronto habreis terminado vuestro curso de latin,—dijo un día Olimpia á Espinosa;—¿quereis en cambio enseñarme el hebreo?

—En tal caso, os recomendaré la obra políglota de Orígenes,—dijo Oldenbourg riéndose.

—Pensad,—contestó Espinosa,—que pretendéis aprender la lengua sagrada.

—¿Sois acaso algun santo?—contestó ella;—de seguro que teneis un nombre hebreo. ¿Cuál es?

—Baruch.

—¿Baruch! —repitió Olimpia, que apenas pudo contener su risa;—parece que se llama un fantasma. Por el amor del cielo, renunciad tal nombre. Bâârûûch,—repetía sin cesar Olimpia, prolongando todo lo posible la emision de las vocales,—es un nombre de mal agüero. Cambiadle, creedme. ¿Significa algo este nombre?

—Sin duda; significa «bendito.»

—Bravo, esto es encantador,—gritó Olimpia aplaudiendo;—luego *Benedictus!* magnífico nombre. Querido Benedictus, oid qué dulce y tierno es; pero Baaruuch, ¡qué horror! Dadme la mano y promettedme llamaros desde hoy Benedictus; sois un sabio, y debeis llevar un nombre latino; llegareis á ser célebre, y tendré al ménos alguna participacion en un nombre repetido por la posteridad. Si no os sometéis á mi decision, no os llamaré desde hoy más que rabino Baruch, compraré un papagayo, al cual repetiré rabino Baaruuch hasta que lo pronuncie, le colgaré á la ventana y os aturdirá cada vez que vengais. Os lo digo por última vez, ¿quereis seguir mi consejo?

—Ya se lo advertí á usted el primer día que nos conocimos,—replicó Oldenbourg;—Olimpia es la estatua de la terquedad. Obedezca usted.

Alargó Baruch su mano en señal de asentimiento á la jóven, que la estrechó afectuosamente.

—Sentaos,—dijo,—y acercaos, M. Oldenbourg; sereis testigo del bautismo.

Puso sus dos manos sobre la cabeza de Baruch y dijo:

—En nombre de Aristóteles, Bacon y Descartes, te pongo por nombre Benedictus, nombre que llegará á ser célebre. Acuérdate, cuando le escribas, de la que te le ha puesto. *Benedicite! in sæcula sæculorum. Amen.* ¿Lo he hecho bien?—preguntó separando sus manos y pasando, al parecer de un modo involuntario, una de ellas por las mejillas de Baruch.

—Bien,—dijo Oldenbourg,—y si os desagrada al

oido mi nombre Enrique, estoy dispuesto á cambiarle, pues me alegraría saber lo que se siente al contacto de vuestras manos.

Olimpia se ruborizó y se pasó la mano por la frente para ocultar su turbacion.

XI.

EL HOMBRE NUEVO.

De la encantada region en que Espinosa se llamaba Benedictus, tuvo que bajar á la fria y solitaria en que se llamaba Baruch y en la cual era preciso pensar y obrar como tal.

Al abandonar la casa de Van den Eude, le parecia que se le había caído de la cabeza su corona de rabino, dulcemente sustituida con el nombre que le había dado una sacerdotisa de otro culto, representándose, cuando volvía á la «Corona de la Ley,» todo árido y triste, si recordaba la dulce voz de Olimpia.

Se sentó en un rincón y abrió un libro. Chisdaï vino á preguntarle la explicacion de un pasaje difícil del Talmud.

—He dicho siempre,—comenzó Chisdaï;—que llegarás á ser un segundo Sanson en talento y en ciencia; pero, por amor á Dios y su misericordia, no te dejes embaucar por esa Dalila á quien visitas. Nunca la he visto, y el cielo siga preservándome de ello; pero presumo, por lo que oigo, que ni es bella ni jóven.

—No sé lo que quieres decir,—replicó Baruch mal humorado.

—¿Cómo sabes fingir! Me refiero á la hija del médico. ¿Cómo se llama? ¡Ah! Olimpia Van den Eude. Dicen que es tan sábia que habla siete lenguas. Cuando esa gente crea que te ha conquistado, haz lo que Sanson: creo que me entiendes.

—¿Qué lástima!—replicó Baruch,—debías haber dejado para tu sermón de mañana esta aplicacion de la historia de Sanson á la controversia religiosa.

Creció su antipatía á Chisdaï al oír que profanaba el nombre de Olimpia pronunciándole. El sábado siguiente pronunció su primer sermón Chisdaï, que hizo fiasco.

—No me desagradaban ántes,—dijo á Baruch su padre al salir de la sinagoga,—las deferencias de Chisdaï á tu hermana Miriam; pero veo que á ésta no le agrada, y además que no será lo que prometía: de modo que si no he de tener la dicha de casar á mi hija con un sabio célebre, prefiero que se case con Samuel Casseres.

Baruch aprobó su decision.

—Ya siendo hora,—continuó su padre,—de que tú tambien te hagas oír; quisiera verte delante del altar ántes de morir.

Baruch no contestó; parecía estar dominado por un vértigo.

—¿Por qué estás pensativo?—replicó su padre.

—Estoy enfermo,—dijo por último;—padezco violentas palpitaciones; ya sabes que hace tiempo he arrojado sangre.

—¡Bah! pretextos. He hablado ya con Aboab, y si nuestro médico Silva no te lo prohíbe, te permitirá predicar de hoy en quince días. Accede á mis deseos, pues de lo contrario no te perdonaré en mi vida.

¿Qué podía objetar? El médico lo permitió, y Baruch debió preparar su sermón. ¿Quién sería capaz de ordenar sus ideas confusas? ¿No había peligro en la familiaridad que adquiriría con la lectura de los clásicos en casa de Olimpia?

Ante un cúmulo de notas, y colocada una mano en las obras de Maimonides, miraba todos los volúmenes colocados delante de él en la biblioteca. «Allí dentro,—se decía,—vive el pensamiento de espíritus que fueron; también ellos han luchado y dudado y han vuelto á conquistar la paz. Millares de hombres te han precedido y han sido más sabios que tú. Cambia tu orgullo en humildad, y lograrás la beatitud celeste. Si quieres, puedes; es, pues, necesario. ¿Dónde hallarás la fuerza necesaria para seguir un camino, en el cual te acompañará sólo tu propia conciencia? Las almas de tus antepasados se levantan de su tumba, te bendicen, te reciben en su seno...»

Brilló en los ojos de Baruch un santo entusiasmo, porque volvía á recuperar la paz. ¿Será duradera? ¿Vencerán la historia y la tradición, ó despertarán otra vez las aspiraciones del alma que no pueden ser satisfechas más que por sí mismas?

Subió Baruch el sábado ya fijado al altar en medio de un gran silencio, y ya se disponía á hablar, cuando algun demonio trajo de nuevo á su fantasía la imagen de Olimpia, que le repetía: ¡Rabino Baruch, rabino Baruch! Recurrió á toda su energía moral, desechó la imagen, y comenzó así:

«El Señor está cerca de todos los que le imploran, de todos los que le imploran verdaderamente.» (Ps. CXLV, 18.) Pintó con vivos colores las angustias del incrédulo, que no tiene Dios en el cielo ni en su corazón, y después pasó á la segunda parte de su discurso, en la cual describió la felicidad que proporciona la fe. Su palabra era cada vez más viva, y su voz más potente, cuando de pronto inundó su pañuelo de sangre arrojada por la boca. Todos le miraban con lástima, y su padre iba á decirle ya que se bajara. Pero Baruch hizo un último esfuerzo, dijo una oración breve, y acabó. Todos gritaron á una sola voz: Que el Señor te fortifique; lo cual equivale en la sinagoga á los aplausos.

Lo acontecido al joven rabino era objeto de todas

las conversaciones; Chisdaï, que no hacía esperar nunca su parecer, se encogía de hombros cuando le preguntaban. Tenía sus razones para no decir francamente su opinión. Baruch abandonó el lecho á los tres días, y quiso ir á ver á Olimpia.

—No,—le dijo su padre,—he averiguado muy singulares historias de ese doctorcito; parece que es el mismo Satan en persona. Me han dicho que no tiene ninguna fe, y que funda una secta, cuyo nombre no recuerdo. En una palabra; te prohibo que vuelvas á poner los pies en su casa.

A las instancias de Baruch, argüía de nuevo su padre, diciendo:

—No me convencerás; sé que es aún más peligrosa la hija que el padre. Créeme; tú conoces las Escrituras mejor que yo, pero en cambio sé más del mundo que tú. Que no te sea inútil mi experiencia; mira que llegarás á ser pobre y abandonado si te dejas llevar por las seducciones del mundo. Sigue en el templo tranquilo de las ciencias sagradas, y goza la dicha de poder vivir en él en paz, como acabas tú mismo de proclamar en la sinagoga.

Baruch, á quien había prohibido el médico hablar mucho, procuraba con palabras prudentes hacer á su padre variar de opinión respecto á Olimpia y sus amigos. En aquel momento entró Oldenbourg, acompañado de un extranjero.

—Estábamos intranquilos,—dijo,—sin saber nada de usted. La señorita Olimpia os envía afectuosos recuerdos, y me encarga que os vea. Y como creía que estaba usted gravemente enfermo, me acompaña mi amigo el doctor Luis Meyer, que deseaba conocerle.

—Sí, hemos temido por la vida de mi hijo,—replicó su padre.

Oldenbourg le hizo una reverencia y preguntó:

—¿Es usted padre de nuestro joven filósofo? ¿No ha estado usted en mi casa para hablar de una pretensión á la casa Trosten?

—Sí.

—Dispénsame usted si he estado un poco lacónico. Sin embargo, los intereses de usted no han sufrido, y desde luego me encargo de arreglar el asunto.

Dió el padre de Baruch repetidas gracias á Oldenbourg, y habló mucho con él, quedando encantado su corazón de español al ver en el carácter noble y caballeresco de Oldenbourg un recuerdo de su juventud. Entre tanto, Meyer conversaba con Baruch del accidente del sábado.

—Me alegro que os ocupeis de teología.

—Sí, Sr. Espinosa,—contestó Oldenbourg,—Meyer tiene por mujer la medicina y por querida la teología. Sabe de memoria la Biblia; de suerte que podeis discutir con él sobre teología.

Después de despedirles, dijo su padre á Baruch:
—Tiene buena opinion de tí Mr. Oldenbourg;
puedes felicitarte de tener semejante amigo.

—Y sin embargo, ¿me prohibís frecuentar su amistad?—preguntó Baruch.

—Te he aconsejado contra lo que pudiera engañar tu buena fe. Creo que eres bastante inteligente para separarte á tiempo, si descubrieras algun peligro. No me desagrada, por tanto, tu amistad con Oldenbourg.

Espinosa volvió á visitar á Olimpia, estrechó su amistad con Oldenbourg y cobró afecto á Meyer. La historia, el estudio de la física, y principalmente la filosofía cartesiana eran el objeto constante de su conversacion.

Las *Cartas* y el *Tratado del hombre*, y sobre todo el *Discurso del método*, facilitaron á Espinosa la formacion de su teoría general.

BERTHOLD AUERBACH.

(Continuará.)

EL AUTOMATISMO ANIMAL.

Fisiología científica: ¿Es autómeta el animal?—Teoría de Descartes.—Las marionetas y cajas de música de la naturaleza.—Los mecanismos animados.—Los rodajes del animal segun los descubrimientos de la fisiología.—Los centros nerviosos: el cerebro y la médula espinal.—Las acciones reflejas.—Movimientos independientes de la voluntad en el paralítico.—Acciones inconscientes presentando todas las apariencias de actos conscientes.—La rana decapitada y sus actos defensivos.—Animales sin cabeza que parecen ver y sentir.—La vida en los miriápodos en pedazos.—La manta cortada en trozos.—Palomas sin cerebro viviendo semanas.—Las moscas trabajadoras.—La inteligencia del animal.—El automatismo en el hombre.—La accion refleja del cerebro.—El libre albedrío y el determinismo.—El animal es un autómeta consciente.

Como un día ú otro habría de decirlo, lo mismo importa que lo diga hoy. Pues bien, Descartes tenía razon; realmente no somos más que autómetas... mecanismos admirablemente dispuestos, obras maestras de mecánica si se quiere, pero en último caso autómetas.

A nadie puede espantar esta confesion, y más vale que así suceda, porque si tuviésemos que encargarnos por nosotros mismos de poner en movimiento nuestros órganos, no podríamos resistir trabajo tan inmenso. El espíritu más atento tiene sus horas de distraccion. ¿Cómo no olvidar algun día hacer palpar cadenciosamente el corazon ó levantar la propia carga torácica ¿Y durante el sueño? ¿Qué hacer para no confundir una funcion con otra?

Las contracciones rítmicas del corazon son automáticas; el movimiento peristáltico del canal alimenticio es automático; la deglucion, la respiracion son automáticas, etc. Nos han librado de estos detalles interiores, y la verdad es que no tendríamos

razon para quejarnos de ello. Hemos sido muy afortunados naciendo autómetas.

Descartes fué el primero que lo dijo: el animal no es otra cosa que una máquina que funciona regularmente á la manera de un molino ó de un organillo. No tiene pensamiento ni sentimientos; es un mecanismo bien montado, un engranaje que marcha como un asador. Pónenle en movimiento las impresiones exteriores. Estas irritaciones determinan en la máquina, por fenómenos reflejos, actos semejantes en todo á los que realiza una criatura humana cuando ve, gusta ó siente. La imitacion es tan perfecta, que fácilmente nos engañamos (1). En una palabra, la naturaleza viviente está formada por infinidad de maquinillas, de cajas de música ó de marionetas puestas en movimiento por causas externas.

Y como es tan fácil generalizar, han existido muchos filósofos á quienes ha parecido bien aplicar la fórmula de Descartes al hombre mismo. Sí, el hombre tambien es autómeta, aparato mecánico desde los piés á la cabeza, en el que el libre albedrío es pura ilusion.

No puede dudarse que Descartes, en su calidad de inventor, no exagerase mucho el papel de la mecánica en el reino animal. Los partidarios del determinismo han extendido naturalmente las doctrinas de Descartes. Pero la verdad es que las investigaciones de la fisiología moderna han puesto en evidencia,—y esto es ya un hecho capital,—que efectivamente todos los seres vivientes son autómetas, y nunca han sido otra cosa. El animal es un autómeta, convenido; ¿pero no es nada más? Como se ve, no existe solamente una semejanza, sino una gran distancia entre las conclusiones de la ciencia y la opinion de Descartes y de algunos positivistas.

Para nosotros, á partir de cierto grado de la escala animal, no es dudoso que los seres vivientes sean autómetas perfectamente conscientes. Esta es tambien la opinion de Huxley y de Carpenter.

Trataremos de demostrar, y sobre todo de hacer comprender, hasta qué punto son los animales aparatos automáticos, refiriendo brevemente algunos experimentos muy poco conocidos y verdaderamente curiosos.

El automatismo, presentido desde mediados del siglo XVII, no podía pasar al estado de verdad demostrada, hasta que los progresos de la fisiología diesen á conocer los rodajes más íntimos del animal, la constitucion del sistema nervioso.

Solamente desde 1830 tenemos ideas algo fijas

(1) Descartes fundó su hipótesis del automatismo del animal en especulaciones muy notables. Evidentemente se adelantó á su época y hasta á sus sucesores inmediatos. La ciencia ha confirmado muchas de sus apreciaciones. Un profesor de Oxford, Willis, escribió en 1672 sobre las ideas de Descartes un libro que debe consultarse y que debemos recordar aquí: *De anima brutorum*.

sobre el sistema nervioso. Reducido á sus términos más sencillos, este sistema se compone del cerebro y de un cordón en conexión con él, la médula espinal alojada en la columna vertebral ó espina dorsal. De este eje central parten los nervios que hacen moverse á los músculos y los nervios que transmiten las sensaciones. En los animales inferiores de la escala, solamente existe un rudimento de cerebro, ganglios encefálicos: en los más inferiores aún, la médula nerviosa desaparece por completo, y solamente se encuentra, como en el pólipo ascidia, una masa confusa con filamentos nerviosos que terminan en un centro gangliónico.

Fácilmente se comprende la manera de funcionar del sistema nervioso. Toda impresión del exterior se transmite á la médula por los nervios sensitivos, y de esta al cerebro. El cerebro manda á su vez por la médula y los nervios motores el movimiento á los músculos. Se produce sobre la piel una irritación desagradable, los nervios sensitivos advierten al cerebro, éste manda el movimiento de los músculos y el órgano afectado queda al abrigo.

El cerebro no es, como por mucho tiempo se ha creído, el único centro nervioso á que van á parar las impresiones. La médula espinal es también centro nervioso é independiente del cerebro. Es inútil que sea advertido el cerebro de que una irritación exterior molesta á un órgano; el nervio sensitivo telegrafía á la médula, y ésta, sin participación alguna del cerebro, manda directamente al nervio motor. De manera que, sin ninguna sensación, sin tener conciencia de ello, la médula obra por su propia cuenta y rige el sistema nervioso motor. Verifícase la impresión, conmuevese la médula y desde ella el músculo. Este es el modo de acción conocido hoy bajo el nombre de acción refleja.

Estos fenómenos reflejos son los que imprimen á las funciones del animal su carácter automático (1). En efecto, la sensación es inútil. Es superfluo que tengamos conciencia de una impresión: la acción refleja, independiente del cerebro, basta para restablecer las cosas en orden, absolutamente como si el cerebro mismo hubiese mandado al sistema motor.

Desde Descartes se había presentido esta independencia relativa del cerebro y de la médula, pero no fué realmente probada hasta los experimentos de Prochaska y Legallois, y por los trabajos de Marshall-Hall (2). M. Legallois demostró que los movimientos

(1) Descartes había adivinado la acción refleja. Atribuyó la naturaleza automática de las acciones del bruto á un movimiento de los *espritus animales* contenidos en los centros nerviosos que reaccionaban por los nervios motores para hacer funcionar los músculos. Dijo: *Sunt undulatione reflexa*, como una ola rechazada. No hemos inventado por consiguiente la palabra «refleja.» Descartes la usaba en su plena y completa significación.

(2) Investigaciones sobre la médula oblongada y su función refleja. *Philosophical transactions*, 1855.

respiratorios persisten después de la ablación del cerebro. Estos dos fisiólogos hicieron ver también, que no solamente la médula es un centro de acción refleja, sino que también segmentos separados de la médula espinal pueden mandar á los músculos, independientemente los unos de los otros.

Descartes hizo también del cerebro el órgano de nuestras sensaciones, y sin embargo, ciento cincuenta años después se discutía aún para saber si nuestras sensaciones y nuestras pasiones no tenían su asiento en las vísceras abdominales, y es necesario llegar hasta Bichat para ver triunfar al fin la doctrina de Descartes. El cerebro es sin duda alguna el órgano de nuestras sensaciones.

La observación siguiente demuestra á la vez que el cerebro es el asiento de nuestras percepciones y que la médula es un centro nervioso suficiente para mandar á nuestros órganos. Además pone en plena evidencia un hecho capital; esto es, que la acción refleja, se produce sin participación de la sensación, sin intervención necesaria de la conciencia.

Sabido es que si por consecuencia de un incidente cualquiera queda cortada la médula espinal de un hombre, resulta una parálisis de toda la parte del cuerpo regida por los nervios seccionados. Las órdenes partidas del cerebro se detendrán en el punto cortado, y recíprocamente las impresiones no podrán pasar la parte cortada para subir al cerebro. Si se le pincha en un pié, si se le aplica fuego, el enfermo no tendrá noción ninguna del daño que se le hace; estará insensible: no se verifica la transmisión del exterior al cerebro, ni de éste al exterior. Imposible le será al herido mover la pierna ni el pié: su voluntad no puede ejercerse.

Y, sin embargo, bastará que cualquiera frote ligeramente la planta de los piés al paralítico para que mueva la pierna con tanto ó más vigor que si existiese realmente el roce. Aquí la acción es refleja. La impresión recibida se transmite desde la piel á la médula espinal; desde aquí se refleja, desciende á los músculos de las piernas, que realizan un movimiento de retroceso y se separan del origen de la irritación. El movimiento del pié es completamente automático.

Así, pues, supresión de comunicación con el cerebro, supresión de percepción, de sensibilidad y de dolor; no hay transmisión posible de la voluntad. El cuerpo se convierte en un autómatas funcionando bajo la impresión exterior como funcionaría bajo la impresión de la voluntad. La médula espinal empuña las riendas del gobierno y la maquina continúa sus movimientos á la manera de un mecanismo bien montado.

Avancemos más y consultemos la experiencia. Cortemos la médula de una rana. La mitad inferior del animal queda privada de sensibilidad, de la

misma manera que los miembros del paralítico en el caso precedente. Tocad la piel de su cuerpo con un poco de ácido acético. Aunque el animal no puede experimentar ningun escozor al contacto del cáustico, vese levantarse bruscamente el miembro tocado; tambien se ve que una pata frota la otra para separar el líquido, absolutamente como si el animal tuviese conciencia del dolor y se esforzase, por medio de un razonamiento, en librarse de la causa del mal. Este acto defensivo tiene un carácter tan intencional, que fácilmente se le confundiría con un acto consciente. La médula sola ha producido este movimiento automático.

Si en vez de verificar la seccion de la médula en medio del cuerpo, se hiciese de manera que se separase la porcion posterior del cerebro de la porcion anterior; si, en otros términos, se deja solamente el cerebelo en comunicacion con la médula, despues de quitar el cerebro y los ganglios ópticos, el animal realizará todavía todos los movimientos de locomocion como los haría una rana intacta. Si se le pincha en una pata, salta; si se le vierte encima un corrosivo, huye; si se le arroja al agua, nada: todas estas acciones son automáticas.

Si en vez de quitar todo el cerebro se retiran solamente, como ha hecho Goltz, los hemisferios cerebrales, dejando intacta la médula espinal, la rana se encuentra exactamente en las mismas condiciones que las palomas á que Flourens, Magendie y Longet quitaron los hemisferios cerebrales. Los resultados son idénticos. La rana queda inmóvil, como sumérgida en profundo sueño, y parece que no ve ni oye. Pero en cuanto se la excita, salta. Hasta evita los objetos que se encuentran delante de ella, de la misma manera que la paloma de Flourens. Si se coloca una luz delante de sus ojos, se separa. Longet había demostrado tambien que si se pasaba una bujía encendida delante de los ojos de la paloma, ésta seguía los movimientos con la cabeza. El animal está completamente insensible á las impresiones ordinarias de la luz, y es indispensable que la luz, al pasar por delante del nervio sensitivo, obre sobre la máquina del sistema nervioso y obligue al cuerpo á moverse.

Ni la rana ni la paloma tratan de alimentarse; están desprovistas de toda iniciativa, pero tragan los alimentos que se les introducen en la boca ó en el pico, y, mutiladas de la manera que hemos dicho, pueden vivir semanas y hasta meses enteros. La rana de Goth grazna cuantas veces se toca un punto determinado de su dorso. Cuando se coloca el animal sobre el dorso de la mano, se recoge, y permanecería indefinidamente en esta postura; pero si se inclina lentamente la mano, de modo que se crea la rana expuesta á deslizarse, adelanta poco á poco las patas anteriores hácia el borde de la mano

y se coge á él, por decirlo así. Para hacerle ejecutar estos movimientos de báscula basta inclinar alternativamente la mano. Ahora bien, estos movimientos exigen una delicadeza de coordinacion y de ajuste en todo el aparato muscular, solamente comparables á los que puede poseer un hábil bailarín de cuerda. Y aquí no hay cerebro, no hay acto consciente, es una simple máquina puesta en movimiento por impresiones exteriores. Imposible sería demostrar mejor la accion automática producida por la médula espinal.

El automatismo se observa fácilmente en los animales inferiores, particularmente en los insectos. Si se corta la cabeza á un miriápodo mientras corre, el cuerpo continuará avanzando como si nada le hubiese sucedido; si se divide el cuerpo en muchas partes, el mismo fenómeno se verificará en cada una de ellas. Las patas funcionarán en cada trozo bajo la influencia de un centro nervioso especial. Si el cuerpo encuentra á su paso un obstáculo que el movimiento de las patas le puede hacer superar, lo supera; si el obstáculo es demasiado alto, el extremo cortado se pega á él y las patas continúan su movimiento. El miriápodo decapitado obra como el miriápodo intacto, con la sola diferencia de que éste puede, por la impresion que en él produce el rayo visual, arreglar su marcha y separarse del obstáculo que obstruye su camino.

Existe un insecto llamado manta, de la familia de los grillos y langostas. Inmóvil sobre sus cuatro patas posteriores, la manta eleva la parte anterior del cuerpo, provista de patas largas y sólidas que terminan en aceradas uñas, dispuestas siempre á coger el desgraciado insecto que se pone á su alcance. Esta actitud extraña, que hace asemejarse la manta á una persona orando, le ha valido el nombre, por parte de los naturalistas, de *mantis religiosa*.

M. Carpenter dice que si se decapita un insecto de estos, su cuerpo permanece en la misma postura que anteriormente, y resiste á los esfuerzos que se hacen para derribarlo, mientras que las patas anteriores se cierran sobre todo objeto que se introduce entre ellas, llegando hasta dejar grabadas en ellos las uñas.

Puede hacerse más aún. Se corta el cuerpo en dos partes; la anterior continuará extendiendo las patas y cogerá la presa, y si se le derriba al suelo, se alzaré energicamente. Se ha dividido en tres partes un animal de estos y las tres han funcionado. Claro es que las funciones se deben al contacto de la extremidad de las patas con el suelo. La impresion crea una accion refleja de los centros nerviosos de la médula. Parece que los centros nerviosos de la cabeza solamente ejercen una accion directiva provocada por la vista; siempre movimientos completamente mecánicos.

La naturaleza de los estimulantes del sistema nervioso desempeña gran papel en la producción de las acciones reflejas. En los insectos acuáticos, la impresión necesaria para el movimiento solamente puede verificarse por el contacto del líquido. Así, pues, si se quitan los ganglios encefálicos al *dysticus marginalis*, el insecto permanece inmóvil mientras se encuentra en una superficie seca; pero en cuanto se le lanza al agua, aunque decapitado, ejecuta los movimientos ordinarios de natación con energía y grande rapidez por espacio de más de media hora.

Hecho curioso: para poner el pez en movimiento su aparato respiratorio, necesita tener el extremo del hocico en el agua. El sólo contacto del líquido provoca el movimiento de las branquias. Por esta razón se puede hacer vivir á un pez suspendido fuera del agua, con tal de que se mantenga sumergido en el líquido el extremo del hocico.

Los efectos del contacto sobre los movimientos reflejos pueden demostrarse también con un experimento que nada tiene de clásico, y que más de un estudiante ha hecho en su vida, aunque sin deducir consecuencias. Se coge una mosca y se la fija á una aguja por su parte posterior, clavando el otro extremo de la aguja en un corcho. El corcho sirve de base y se puede observar cómodamente la mosca.

El insecto permanece inmóvil mientras no se le excita, pero en cuanto se coloca al alcance de sus patas un pedacito de azúcar, de papel ó de corcho, empieza la acción refleja á consecuencia del contacto y el animal hace girar indefinidamente el objeto. Si este cae, el insecto recobra su inmovilidad, para comenzar de nuevo el movimiento en cuanto las patas son excitadas otra vez. Se puede hacer trabajar de esta manera moscas perforadas, durante doce horas.

Los ejemplos precedentes bastan para demostrar que, bajo la influencia de excitaciones externas, los animales decapitados funcionan absolutamente como lo harían bajo la influencia de su voluntad (1). En estos casos, el animal es comparable á una verdadera marioneta cuyos hilos tuviésemos en la mano. Tirando de una cuerda, se le imprime un movimiento; de la misma manera, irritando la piel del animal, se determina la acción refleja de la médula, y sus órganos entran en funciones. Esto es automatismo puro.

Cuando se ve á un animal decapitado huir si se trata de hacerle daño, garantizarse contra el dolor, obrar absolutamente como si viese y sintiese, comprendese que cueste trabajo en el primer momento

(1) Los movimientos que se observan en el tronco y en la cara del decapitado no tienen otra causa que las acciones reflejas. Funciona el autómatas y no el sér consciente.

admitir la realidad de los movimientos automáticos; pero, dada la prueba, queda todo tan bien comprendido que, por lógica extensión, se pregunta uno si el animal es verdaderamente consciente. Todo el organismo funciona perfectamente sin cerebro; y en este caso ¿para qué se necesita un centro distinto de sensibilidad y de volición? ¿Para qué lo superfluo? Y siguiendo á Descartes, algunos pensadores han hecho al animal inconsciente.

Muy difícil sería, en el estado actual de nuestros conocimientos, demostrar perentoriamente que no es así; sin embargo, puede ensayarse. No se niega ya que el cerebro sea realmente el órgano de la sensibilidad y de la volición; ahora bien, en los vertebrados inferiores se encuentra en estado rudimentario, no siendo más que una expansión del cordón central. A medida que se asciende en la escala de los seres, se acusa más y más el desarrollo del cerebro, haciéndose evidente que los actos ordinarios son determinados más especialmente por una dirección intencional que el cerebro imprime al mecanismo automático, que por la acción inconsciente de este mecanismo; ó, en otros términos, más bien por la inteligencia que por el instinto. No hay ninguna razón seria para negarse á admitir que el autómatas no reciba cierta dirección. En efecto, la paloma, la rana, por ejemplo, desprovistas de sus hemisferios cerebrales, no son capaces ya de ningún movimiento espontáneo. Como autómatas funcionan bien cuando se les irrita, pero sin irritación se detiene el mecanismo; luego el cerebro imprime el primer impulso.

¿Quién no recuerda la historia del sollo, que se comía todos los peces de un vivero? El dueño tuvo la idea de colocar un cristal fuerte entre el sollo y el vivero. Cada vez que el animal se precipitaba para coger la presa, chocaba contra el invisible obstáculo. Cuando se hubo herido bastantes veces, miraba ávidamente los peces sin atreverse á correr detrás de ellos. Tenía el sentimiento de lo que le esperaba. Quitóse el cristal; nada podía impedir al sollo satisfacer sus deseos; sin embargo, guardóse mucho de franquear el espacio que ántes limitaba el cristal. Evidentemente conservaba en la memoria el recuerdo de lo que le esperaba. ¿Cómo decir después de esto que el pez es un animal inconsciente?

Lo dijimos al principio: el animal es un autómatas; pero un autómatas consciente, puesto que su organización le da un centro nervioso que le permite dirigir su automatismo. Porque sea autómatas, no se puede deducir que no pueda hacer marchar su mecanismo según sus caprichos y voluntades. Cuando le falta el centro encefálico, claro es que solamente subsiste el automatismo, como en el ascidio, por ejemplo, cuyas funciones son completamente mecánicas.

Pocas líneas más para concluir. ¿Y el hombre?

Hemos visto que obedece, como todo ser viviente, á la ley del automatismo. Cuando el cerebro no manda ya, le reemplaza la médula, y los movimientos que se hubiesen realizado por la voluntad, lo son de la misma manera por las acciones reflejas. Hemos recordado que muchas funciones capitales escapan, por fortuna, á la intervencion del cerebro. La voluntad no tiene accion ninguna sobre las palpitaciones del corazon, sobre los movimientos del canal alimenticio, y no puede suspender la respiracion hasta el punto de producir las asfixia. El cerebro no es centro de toda la actividad nerviosa; es un órgano de dirección que tiene su objeto determinado, pero no es el gran motor del organismo. Todos los movimientos esenciales se verifican sin su intervencion. Nuestro cuerpo es, por consiguiente, un autómeta. Sin embargo, el cerebro ejerce un mando, y pone directamente en marcha al autómeta.

Por un movimiento automático, la ascidia arroja un caño de agua que arrastra lejos de ella el cuerpo cuyo contacto la lastimaba: de la misma manera un movimiento automático en el hombre, la tos, expulsión de las vías aéreas los cuerpos dañosos que podrían obstruirlas. El movimiento es independiente de la voluntad, solamente obra la mecánica; y sin embargo, estando las vías aéreas completamente libres, si el hombre quiere, producirá el movimiento defensivo y toserá. El autómeta funciona solo, pero nosotros podemos hacerle funcionar tambien.

Recíprocamente, la marcha es un movimiento del todo voluntario; y sin embargo, soldados fatigados pueden continuar marchando dormidos. Frecuentemente ocurre que, teniendo nuestro espíritu preocupado, continuamos avanzando en una dirección determinada, cuando pensábamos seguir otra. La voluntad ha mandado al autómeta; y el autómeta, máquina dócil, ha ejecutado estrictamente la orden que la voluntad hubiese modificado si el *yo* hubiera estado presente. Es cosa clara que el autómeta, la *bestia*, como diría Javier de Maistre, es tan capaz de continuar sus movimientos, de proseguir su marcha, como las palomas de Flourens ó la rana de Goltz, cuando el *yo* está dormido ú ocupado. Pero no está menos sometida la *bestia* al alma cuando esta reclama sus derechos; y, finalmente, las determinaciones de la conciencia gobiernan sus movimientos automáticos.

El hombre habita un autómeta de que se sirve para transmitir sus pensamientos. No puede admitirse ya, como se enseñaba en otro tiempo, que el *yo* pone los cuerpos en movimiento ejerciendo directamente el poder de la voluntad sobre los músculos. De ningun modo; el *yo* manda simplemente al autómeta y hace realizar al aparato mecánico todo

cuanto depende de sus facultades innatas ó adquiridas.

El doctor Laycock ha demostrado que el cerebro posee en sí una acción refleja propia, análoga á la de los centros inferiores. Hasta en el cerebro encontramos un mecanismo automático, funcionando por consecuencia sin la participación de nuestra voluntad. Así podría explicarse por qué es imposible impedir el regreso de las ideas que algunas personas en determinados parajes evocan por vía de asociación. Acuden y no podemos rechazarlas. El automatismo cerebral ha servido de argumento precioso á los partidarios del determinismo. Si la actividad intelectual y física dependiese exclusivamente de la acción refleja del cerebro, es seguro que llegaríamos á un automatismo muy variado, pero tan sometido tambien á las leyes de la causalidad física, como el automatismo de la ascidia en el que hoy es moda ver uno de nuestros ascendentes. Pero todo esto no es más que una sencilla hipótesis.

Del automatismo del cerebro no se puede deducir el automatismo absoluto del hombre y de los animales. Nos encontramos sencillamente delante de una rueda más, de una rueda que hace á la máquina más fina y delicada; esto es todo.

Cuando la fisiología nos enseña que el cerebro tiene el poder de dirigir y gobernar el automatismo de la médula espinal, no sería conforme á la sana razón negarse á admitir que el automatismo del cerebro está á su vez dirigido y gobernado por un poder más alto.

Repetiremos, pues, para concluir, lo que dijimos al empezar: Sí, el hombre es un autómeta; pero tambien algo más que un autómeta.

ENRIQUE DE PARVILLE.

LA CIENCIA EN LA FAMILIA.

EL ORO Y LA PLATA.

Los poetas han cantado en todos tiempos estos dos metales, y los han enaltecido y adulado como se hace con los poderosos de la tierra. Tal autor viejo dice que *es necesario saber hacer lucir el sol como un escudo de oro*; un poeta contemporáneo afirma que el sol llora, cuyas lágrimas se metamorfosean en pepitas de oro. ¿No hallamos algunas veces en el niño, cuya gracia nos seduce, que tiene cabellos de oro y una voz argentina? ¿Qué son, pues, estos dos amos, estos dos tiranos, de los cuales se encuentra casi siempre una partícula en la más pobre vivienda? ¿Bajo qué foma aparecen? ¿Qué garantía tenemos contra cualquier metal vil que usur-

pe su nombre, hábilmente disfrazado? ¿Es conveniente acumularlos á nuestro alrededor bajo cualquiera de las formas con que la industria los reviste?

Ante todo hagamos constar que el oro y la plata, aún cuando tan orgullosos, necesitan una aleación, es decir, un casamiento desigual, incorporándose cierta porción de cobre ú otro metal ínfimo para ser ménos quebradizos, más ductiles y más fáciles de trabajar. En Francia, las monedas de oro y plata llevan un décimo de aleación, y por eso se dice que tienen nueve décimos de fino. En la industria el oro y la plata pueden contener hasta un cuarto, ó doscientas cincuenta partes por cada mil, de cobre. Cuanto ménos deshonrados están ambos metales por esta mezcla, su ley es más elevada. La existencia de la aleación, cuya parte alícuota es necesario determinar, es una de las causas de la intervención del Estado, de la cual hablaremos luego.

Los metales preciosos están en nuestras casas bajo las tres formas siguientes: primero, alhajas; segundo, servicio de mesa, vajilla, en una palabra, los objetos más pesados y embarazosos de guardar, á los cuales el trabajo del artífice da á las veces considerable valor; tercero, numerario.

¿Existe algo más ardientemente deseado que las alhajas? Se las encierra entre terciopelo y raso en preciosos cofrecillos, se las vigila con ansiedad; y es que el recuerdo las da á veces un valor superior al del oro, las piedras y el delicado trabajo de que se componen. ¿Es necesario citar el anillo nupcial ó *alianza*, símbolo inicial de la familia, y cuyo mecanismo es una pequeña obra maestra por lo general?

Se ha llevado á tal grado la imitación del oro, que se engañaría el más hábil si el Estado no interviniese en el comercio de joyería, prohibiendo la venta de los objetos no marcados por sus agentes. Después de examinado, una marca especial indica que la joya es de oro ó plata con la cantidad autorizada de aleación. Los objetos de oro de pequeño módulo llevan una cabeza de águila ó de caballo; los de plata una cabeza de jabalí ó un cangrejo. Para las cadenas de oro se ha adoptado una marca especial; consiste en una cabeza de rinoceronte. Existen marcas particulares, resultado de las diversas fases comerciales seguidas por las joyas, y por eso llevan un gorgojo las que han estado en las ventas del Monte de Piedad. Los relojes importados del extranjero llevan una quimera, marca habitual de la relojería. Al lado de la marca del Estado figura la del fabricante, consistente en un rombo con su nombre ó sus iniciales. Cuando se trata de una montura demasiado delgada y delicada, se libra de la señal del punzon administrativo, por residir más el valor de la joya en la piedra que la montura rodea. En

cuanto á los objetos cubiertos con una endeble lámina de oro, deben llevar escrita la palabra *double*, distintivo suyo en el idioma del comercio.

Toda joya sin alguno de los descritos emblemas es una intrusa. Sin embargo, la joyería falsa, producto encantador de los talleres parisienses, posee la mitad del mérito de la joyería de oro; el arte de la primera llega algunas veces al valor del precioso metal, orgullo de la otra.

El oro y la plata son empleados con frecuencia en la construcción de objetos de módulo mayor de las alhajas, objetos á las veces fundidos, cincelados y grabados por artistas franceses, semejantes á Odier y á Froment-Maurice, es decir, artistas eminentes; sus obras son candeleros, jarrones, jarrillos y copas de plata, plata sobredorada y oro. Los objetos de platería, como todos los de oro y plata de gran volumen, sea cual sea su forma, llevan: los de oro una cabeza de médico griego, y los de plata una cabeza de Minerva. La obligación del punzon es tan estrecha, que los extranjeros se exponen á persecuciones administrativas si no llevan su plata traída del otro lado de las fronteras á la casa de la moneda. Respecto de los objetos cuyo material es un metal vulgar cubierto con un baño de plata ú oro, á lo cual se llama *plaqué* en platería, no existe garantía oficial, consistiendo la particular en un rombo con la marca del fabricante, parecido al colocado en los objetos de plata ú oro, junto á las señales del Estado.

Tantas y tan variadas señales son á la vez una garantía para los particulares y un medio de percibir los impuestos para el Estado. Han sido variadas respecto de las ántes usadas, y un decreto puede aún variarlas.

Pero los metales preciosos deben desempeñar un papel más importante que el de servir para objetos destinados al adorno de las personas ó á la ornamentación. Cortados en ruedecillas fácilmente manuales, adornados con una efigie, llevando en relieve una cifra indicadora de su valor legal, impuestas por la ley para las transacciones, son uno de los agentes más indispensables á la actividad social. Las monedas de oro son del valor de 100, 50, 40, 20, 10 y 5 francos. Las de plata son de 5, 2 y 1 franco. De ménos valor solamente existen piezas de 50 y 20 céntimos. Las demás monedas no son sino objetos curiosos escapados á la reacuñación general, las cuales pueden rehusarse en el comercio.

Ciertas piezas francesas en curso son verdaderas obras maestras de numismática, entre ellas las piezas de 5 francos de 1814 con la efigie de Luis XVIII, adornada con una peluca llamada *catogan*, especie de moño cogido con una peineta; la piececita de oro de 20 francos, acuñada en 1848, representando un genio trazando en una tablilla las dos fechas 24

y 25 de Febrero, y la pieza de 20 francos de dicha época, con una cabeza romana, coronada con flores y espigas, cuyo troquel todavía es usado en la casa de moneda.

Todas estas piezas contienen una aleación no excedente de un décimo, y han sido acuñadas en diversos puntos, llevando además de una señal escrita, variable y solamente conocida por la administración, una letra indicativa de la ciudad donde tuvo lugar la acuñación. La A indica la casa de moneda de París, la B á Rouen, la D á Lyon, la K á Bordeaux, la W á Lille, la MM á Marseille. La BB tiene para nosotros un triste y patriótico recuerdo, pues las monedas de tal manera marcadas fueron acuñadas en la casa de moneda de la heroica ciudad de Strasbourg. Aún se hallan piezas acuñadas en casas de moneda que ya no trabajaban en 1852, á saber: las de Limoges, cuya señal es una J, las de Bayonne una L, las de Toulouse una M, las de la Rochelle una H, las de Perpignan una Q, las de Nantes una T. La acuñación solamente tiene hoy lugar en París.

Ninguna moneda extranjera puede circular en Francia, excepto las de los reinos de Bélgica é Italia, de la república Suiza y las señaladas con la efigie de Pio IX. Las antiguas piezas de Napoleon I con el exergo *regno d'Italia* pueden correr, pero no las de los príncipes de Italia destronados ni las del antiguo reino del Piamonte. Toda persona que acepte ó ponga en circulación monedas no enumeradas arriba puede perjudicar.

La imaginación de los falsificadores se sobreexcita naturalmente con la enorme proporción de la ganancia cuando se trata de imitar los metales preciosos. Unos rodean discos de cobre con una cubierta de plata ú oro; otros sumergen las piezas de oro en un baño compuesto de un ácido disolvente, el cual lima ligeramente la superficie; otros, por medio de un sacabocados, agujerean los discos de oro de un modo casi imperceptible, y obtienen algun beneficio renovando mucho el trabajo; otros, en fin, aplican los punzones fabricados por ellos á objetos compuestos de materias imitando los metales preciosos, ó, por medio de cuños parecidos á los legítimos, acuñan moneda falsa.

¿Cómo escapar de los falsificadores? Si se frota sobre un sílex un metal sospechoso y se aproxima á la piedra un fósforo azufrado, la raya procedente del oro persistirá, y desaparecerá si proviene del cobre ó de una mezcla de ley inferior. Puede extenderse una gota de ácido nítrico sobre la raya, la cual se tornará azul si proviene de un metal distinto del oro. Lo mejor, en caso de sospecha, es ir á una de las noventa y tres oficinas de contribuciones indirectas establecidas en los departamentos, las cuales, mediante una módica retribución, ensayan los

objetos metálicos que se les llevan. ¿Será necesario recordar aquí la obligación de entregar al representante de la autoridad, con todas las indicaciones necesarias para dar á conocer su origen, la moneda ó joya falsa? Es este un deber muy poco cumplido en Francia, donde el valor cívico no es excesivo.

¿Conviene acumular plata ú oro? A esta pregunta, que naturalmente se ocurre cuando se ha pasado revista á las diferentes formas afectadas por los metales preciosos, contesta de dos maneras la sabiduría de las naciones: la moneda es redonda, y por tanto ha sido fabricada para rodar, dice un proverbio; la moneda es plana, y de consiguiente está destinada á apilarse, responde otro proverbio. ¿Cuál de ambas conclusiones debemos aceptar? Pensemos, en primer lugar, que una gran cantidad de joyas de plata ú oro causa preocupaciones constantes á quien la posee y excita á su alrededor ardientes deseos. La posesión de un tesoro puede ocasionar la matanza de toda una familia, como ocurrió, pocos años hace, en la Bastide-Besplas, departamento del Ariège. Muchos ejemplos parecidos no han bastado á curar la manía de atesorar, particularmente en el campo. Los unos entierran monedas de cinco francos entre la paja de maíz, sobre la cual reposa su lecho de plumas, y duermen así sobre su tesoro. Otros, sobre todo en tiempo de carestía de granos ó de revolución, las ocultan bajo tierra, en utensilios de menaje, y despues las vuelven á poner en circulación llenas de orin. Conviene recordar que hace media docena de meses sociedades anónimas, sólidas como el Tesoro, publican periódicamente su balance como el Banco, y, por medio del sistema inglés de los *cheques*, son los tesoreros de todo el mundo con pequeñísimo interés. Además todo el mundo sabe que, colocando todos los años el interés de una cantidad, se dobla el cápital en catorce años.

En 1852, cuando murió Arturo Wellesley, duque de Wellington, aquel flemático inglés cuya persistencia triunfó de Napoleon I, se encontró en el fondo de un cofre gótico un servicio de oro y plata procedente de un donativo nacional hecho en 1815, el cual quizá solamente había servido una vez, cuya materia bruta valía un millon. En 1829 el servicio representaba, por capital primitivo é intereses perdidos, dos millones; y cuatro millones en 1843, despues de un período de catorce años. Hubiera pasado de ocho millones en 1857 si los Wellesley no hubieran, con prudencia, enviado el servicio á la casa de moneda al dia siguiente del fallecimiento del vencedor de Torres Vedras y Waterloo.

AQUILES MERCIER.